

zada, de que la base de la felicidad conyugal es el contraste de los caracteres, elige á Pilarcita; el mozo, que segun dice está por lo positivo y se acuesta sin luz, acepta á la mayor, y el indiferente se contenta con Sebastiana, que es la que queda.

Su resolucion enfurece á los jóvenes y justifica el título de la zarzuela, con lo cual acaba el primer acto, y los espectadores se ponen á murmurar con la mayor formalidad del autor, de los bufos, de las costumbres de nuestros tiempos y de la inmoralidad que cunde y cunde... Afortunadamente se levanta pronto el telon, y las tres parejas manifiestan sus gustos cantando, y conversan despues con sus futuros.

El resultado de esta conversacion les inspira un plan, el de deshacerse de sus novios.

He olvidado decir que las niñas tienen un vecino que se llama don Juan Tenorio, debiéndose llamar Juan de las Viñas.

No tiene del famoso galanteador mas que el nombre y el apellido, pero como *noblesse oblige*, y como las vecinas necesitan una persona que las liberte del compromiso, el mejor camino que encuentran es excitar á su jóven amigo á que mate á sus novios.

La situacion tiene un gran relieve, gracias á la música que acaba con la *Marsellesa*, lo cual no me parece una profanacion, sino pura y simplemente una humorada, y el público la hace repetir.

Arderius está adorable.

A esta escena sigue su declaracion á Pilarcita, la parodia de la célebre escena amorosa del *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla; la sorpresa del papá, la llegada de los rivales y la declaracion de guerra á todo el mundo por el jóven tímido que se ha vuelto audaz, el cual dispara un cachorrillo exclamando:

Llamé al cielo y no me oyó,
Y pues sus puertas me cierra,
De mis pasos en la tierra
Responda el cielo y... *noyó*.

He olvidado decir que las vecinas del barrio de Pozas, todas con abanicos encarnados, se acercan al papá de las niñas para que les proporcionen los pretendientes que hayan sobrado.

Dichas vecinas, á quienes no conoce por lo visto el señor Larra, estarian muy en su derecho si reclamaran daños y perjuicios por presentarlas como busconas de maridos, cuando lo único que buscan en aquel barrio es aire puro y casas baratas. Pero esto no es del caso: vamos al acto tercero.

Este acto se reduce á la resolucion de un problema matemático que Rogel ha puesto en música y que se resume en estos versos:

Tres entre cuatro
No puede ser.

Despues de convencer don Juan Tenorio al hombre gordo de que debe casarse con la mayor, y al hombre hombre con la mediana, como él quiere reservarse á Pilarcita, resuelve el problema restando al jóven gastado.

Este se queja, se hace necesario un arreglo y todos confian á Arderius la mision de acabar la zarzuela.

Solo una condicion exige para obedecer: la de que todos callen, y en una escena que es la mejor y mas correctamente dialogada de la obra, forma las parejas, da un puntapié al jóven gastado y abre sus brazos á Pilarcita.

Nadie habla una palabra: solo la música resuena; pero la mimica triunfa, el auditorio aplaude, llama al autor y sale.

Esto ni mas ni menos es la zarzuela *los Organos de Móstoles*.

Una anecdota y concluyo.

Los que dicen que el sentimiento de la justicia ha emigrado del mundo, están en un error.

Aun hay justos, y si no, prueba al canto:

En una casa de la calle de Válgame Dios viven varios vecinos; la señora del cuarto principal tuvo noticia de que un cazador de los que llevan el novísimo traje hacia la corte á su criada.

Esta señora no ha aprobado el nuevo uniforme, y desaprobó con tal motivo los amores de la maritornes.

Ella insistió en amar al airoso cazador, y su señora la plantó de patitas en la calle.

Las criadas del segundo y del tercero calificaron este acto de tiranía, y acusaron á la señora del principal.

Esta las oyó y se quejó á sus amas.

La del segundo, profundamente incomodada con su doméstica, quiso reñirla con la mayor solemnidad y aguardó á que llegase su esposo.

Se sentaron á la mesa, y gozándose en la filípica que su marido dirigiria á la criada cuando supiera lo que habia hablado, al llegar á los postres:

— Ahí tienes á esa deslenguada, exclamó. Ha estado murmurando de la señora del principal y es necesario que la reprendas.

— Ha hecho muy bien, dijo el marido con la mayor imperturbabilidad... Si es justo que cuando las amas se reunen hablen mal de las criadas, y así sucede, justo es tambien que las criadas hablen mal de las amas.

Una sonrisa burlona de la maritornes fué el premio de aquel acto de justicia.

En cuanto á la señora... ya pueden ustedes figurarse cómo se pondria.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de setiembre de 1867.

Galería de celebridades contemporáneas

ROSSINI.

Hay dos Rossini: el de la fábula y el de la realidad.

El Rossini de la fábula tal como la gente se le figura, gracias á las mil anecdotas que desde hace medio siglo se han apoderado de todas las memorias, gracias á las agudezas que atribuyen á Rossini sus biógrafos, es conocido en todo el universo. Hasta se puede afirmar que, salvo raras excepciones, nadie conoce mas que á este; y es este el hombre indiferente por excelencia, el perezoso, el gastrónomo, el burlon, el escéptico, y sobre todo, el improvisador á quien le ha costado tan poco trabajo producir obras maestras, que verdaderamente no se le deben agradecer mas que se agradecen las peras al peral y las uvas á la viña.

Muy diferente es el Rossini de la realidad, á los ojos de cuantos han tenido la honra y la dicha de conocerle lo bastante para penetrar su verdadero carácter, y que han tenido posibilidad de estudiar su vida. Para estos, en el retrato de la fábula hay que hacer grandes correcciones.

Lo que constituye la incomparable fuerza de la organizacion de Rossini, es el equilibrio de las facultades de primer orden que la forman. Imaginacion, razon, memoria, impresionabilidad, voluntad, sentido práctico, todo esto posee el autor de *Guillermo Tell* en grado eminente.

Rossini está dotado de una prodigiosa fuerza de atencion. Cuando el que llaman indiferente, que se ocupa de todo y de todos y quiere saberlo todo, interroga á sus visitantes sobre esto ó sobre aquello, es maravilloso ver cómo escucha sus respuestas. Diríase que bebe lo que le dicen ó lo que le leen, y á poco que las cosas merezcan retenerse, las graba al instante en su memoria, y es para siempre: seguro que no las olvidará nunca.

La misma atencion y los mismos cuidados consagra Rossini á todo cuanto hace, sea que se trate de la admirable fuga de su *Petite messe*, ó del sobre de una carta para su alquilador de coches; y como con su viva inteligencia y su maravilloso sentido práctico halla al instante el medio mejor de alcanzar el objeto que se propone, hace todas las cosas pronto y perfectamente. Téngase por seguro que no hay en la partitura del *Barbero*, escrita en trece dias, una sola nota equivocada, un borron, una sola falta de caligrafía. En todo lo que hace aspira á la perfeccion. Así es que se consagra de todas veras á la tarea del momento, y si, como se dice con razon, conversa con sus amigos mientras compone, es que su composicion vive ya en su mente, y que la está escribiendo de memoria.

— Quedaos y hablemos un momento, dijo un dia al autor de estas lineas, que queria retirarse discretamente, porque le habia encontrado trabajando; lo que hago es un simple trabajo de copista.

Ahora bien, este trabajo de copista era simplemente el admirable principio del *Gloria* de su *Petite messe*.

Parécenos mas útil explicar aqui cómo se ha desarrollado tan extraordinaria organizacion, que repetir anecdotas conocidas hasta la saciedad en todo el mundo.

Rossini fué el único hijo de un pobre trompetero de lugar, y al mismo tiempo inspector de carnicerías, y de la hija de un tahonero de Pesaro. Aun no tenia siete años cuando su padre vino á perder su miserable empleo, único recurso de la familia, y fué encarcelado por causa política á la vuelta de los austriacos. Su madre, la bella y bondadosa Ana Guidarini, le llevó á Bolonia, donde fué á buscar en tan triste ocasion, con el auxilio de su voz y su talento instintivo para el canto, la subsistencia y los medios de educar á su querido hijo. Abrazó pues la carrera teatral, y durante las frecuentes ausencias que su nueva profesion la imponia, dejaba á Gioachino en casa de un tocinerero amigo suyo.

En aquella tocinería, el futuro autor del *Barbero* y de *Guillermo Tell* recibió sus primeras lecciones de piano, que le fueron dadas por Prinetti, de Novara, el cual le enseñaba á hacer escalas con dos dedos no mas, y allí tambien recibió de un abate sus primeras lecciones de lectura, escritura y aritmética.

A la edad de nueve años tuvo un maestro de música muy superior á Prinetti, que perfeccionó su talento de pianista y le enseñó el *acompañamiento*: en Italia no se aprendia aun la armonía en aquella época.

Desde los diez años se ganó su vida y la de sus padres cantando en las iglesias á razon de seis reales por oficio, tocando el órgano y enseñando los papeles á los cantantes.

Cuando llegó la muda de su voz, se hizo acompañante al *cembalo* en los teatros, y entró en el liceo comunal de Bolonia, donde le dió lecciones de contrapunto el padre Mattei, lecciones empiricas en las que nada se explicaba, y de las cuales solo sacó provecho posteriormente cuando se halló en estado de completarlas y fecundizarlas con su propia experiencia.

El perezoso trabajaba como un presidiario. En cuanto tenia un instante de libertad, se precipitaba en la biblioteca del liceo y leía con avidez las obras de los maestros antiguos. Además, estudiaba con incansable ardor las de Haydn y Mozart, que mandaba traer para él de Alemania un comerciante de Bolonia cuyas buenas gracias se habia conquistado. Solo aprendió á tocar el violin, la trompa y casi todos los demás instrumentos, bastante para conocerlos y emplearlos bien, aunque no lo suficiente para merecer el título de ejecutante. El piano

y el violoncello son los únicos que ha estudiado á fondo. Apenas adolescente puso en escena las *Estaciones* de Haydn, entonces desconocidas en Italia, en la sociedad filarmónica *I Concordi*, y dirigió públicamente su ejecucion que fué muy notable.

Fácil es concebir que en medio de las incesantes tareas de ganarse el sustento y de continuar su educacion musical, el jóven Rossini no tenia mucho tiempo para dedicarlo á estudios literarios y científicos. Afortunadamente sus aptitudes musicales le valieron desde la infancia los favores y amistades de un ingeniero muy distinguido, el caballero Giusti. Deseoso de aprender, Rossini, para aprovecharse mejor de la conversacion instructiva de este hombre, le acompañaba en sus largos paseos cuyos descansos consagraban á lecturas del Dante, del Tasso, del Ariosto y de los grandes prosistas italianos. Con su viva inteligencia, su inconcebible memoria y su prodigiosa facultad de asimilacion, Rossini sacó todo el fruto posible de estas conversaciones, de estas lecturas y de las explicaciones que ellas provocaban.

Posteriormente ha seguido siempre este buen método á que debia preciosas nociones. Puesto en contacto por su incomparable fama con los personajes mas eminentes del mundo, se aprovechó de sus luces como se habia aprovechado de las del caballero Giusti, y á esto debe el poder profundizar sobre la marcha todas las cuestiones que se agitan delante de él, y el poder resolverlas con palabras sencillas y breves. Nada es extraño para él, y cuando habla de una cosa cualquiera, se cree oír á la razon y á la sensatez dictando sus decisivos fallos.

No habiendo recibido mas educacion que la primaria, — ¡y qué educacion primaria! — habla el francés con suma propiedad, así como sabe tambien perfectamente el español, que aprendió de García y de Isabel Colbran, su primera esposa. Hace algunos años el autor de este artículo le oyó hablar en español con la señora de Gassier, tan fácilmente como si hubiese sido su lengua materna, y citó á esta excelente artista, que la muerte nos acaba de arrebatar, una bonita poesia española en alabanza de sus hermosos ojos.

¿Qué diremos de Rossini compositor que ya no se haya dicho? Salvo la sinfonia, ha recorrido todos los géneros, desde las farsas de la *Piedra de toque* y de la *Italiana en Argel*, hasta los sublimes acentos del *Stabat* y de la *Petite messe solennelle*, dejando en todos ellos obras maestras. Aun en el dia que está para cumplir setenta y cinco años, compone piezas para piano, que cuando se publiquen renovarán la música instrumental.

Rossini ha llevado al grado supremo la admirable escuela musical de su pais, escuela cuyas bases fundamentales son la melodia y el canto, aunque oponiendo justos límites á los caprichos de los cantantes, y dando á la ópera italiana un interés armónico é instrumental que nunca tuvo con sus antecesores, interés cuyo secreto halló en el asiduo estudio de Haydn y Mozart.

En diez años, de 1810 á 1820, el perezoso Rossini ha producido treinta óperas, de las treinta y cuatro que forman su repertorio italiano.

Luego vino á establecerse en Francia, donde modificó su estilo dando mas importancia á la declamacion lirica, á los coros y á la orquesta, no solo para conformarse con el gusto de esta nacion, sino para sacar partido de las buenas masas corales y de la excelente orquesta que el gran teatro de la Opera ponía á su disposicion, y de que siempre se habia visto privado en Italia.

A esta modificacion de estilo se deben los arreglos y ampliaciones del *Sitio de Corinto* y de *Moisés*, y la creacion de *Guillermo Tell*, cuyo titulo solo dispensa de todo elogio.

Despues de *Guillermo Tell*, Rossini debia componer cuatro grandes óperas mas para Francia, y á ello se obligó por contrato con la lista civil del rey Carlos X; mas la revolucion de julio de 1830 rompió este compromiso. Rossini en vez de producir nuevas obras, debió pleitear para obtener el pago de la pension de retiro que el contrato en cuestion le aseguraba.

Las contrariedades de estos pleitos, y luego el nuevo género musical que vino á prevalecer entonces, le hicieron dejar la Francia y se fué á Bolonia; mas los sucesos de la revolucion italiana, en la cual quisieron mezclarle á pesar suyo, le obligaron á salir de esta ciudad en 1848, y se refugió en Florencia donde permaneció hasta 1855, época de su regreso y estancia definitiva en la capital de la Francia.

En Florencia, una cruel enfermedad nerviosa causada por la emocion de los tristes sucesos de Bolonia, puso en peligro la vida de Rossini. Unicamente la residencia en Paris ha podido borrar los últimos vestigios de aquella enfermedad terrible.

Rodeado en esta capital de homenajes, amistades y testimonios de admiracion, el gran maestro disfruta en vida de la gloria sin mezcla que ordinariamente solo se concede á los difuntos. Rossini ejerce una especie de soberanía intelectual mil veces mas envidiable que la soberanía temporal de los potentados de la tierra.

En el verano habita en Passy la preciosa quinta que le ha edificado á su gusto el excelente arquitecto Dousault, y en el invierno ocupa el hermoso piso principal de la casa que hace esquina de la calle de la Chaussée-d'Antin y del boulevard. En toda estacion recibe á sus amigos el sábado por la noche, y les hace oír sus obras inéditas, cuyo vasto repertorio aumenta incesantemente.

Lleva una vida muy ocupada, pues además de su trabajo de composicion que no descuida un solo dia, recibe un número enorme de visitas, escribe un número no menos crecido de cartas y autógrafos de música para los albums, y no retrocede jamás ante ningun paso para ser-

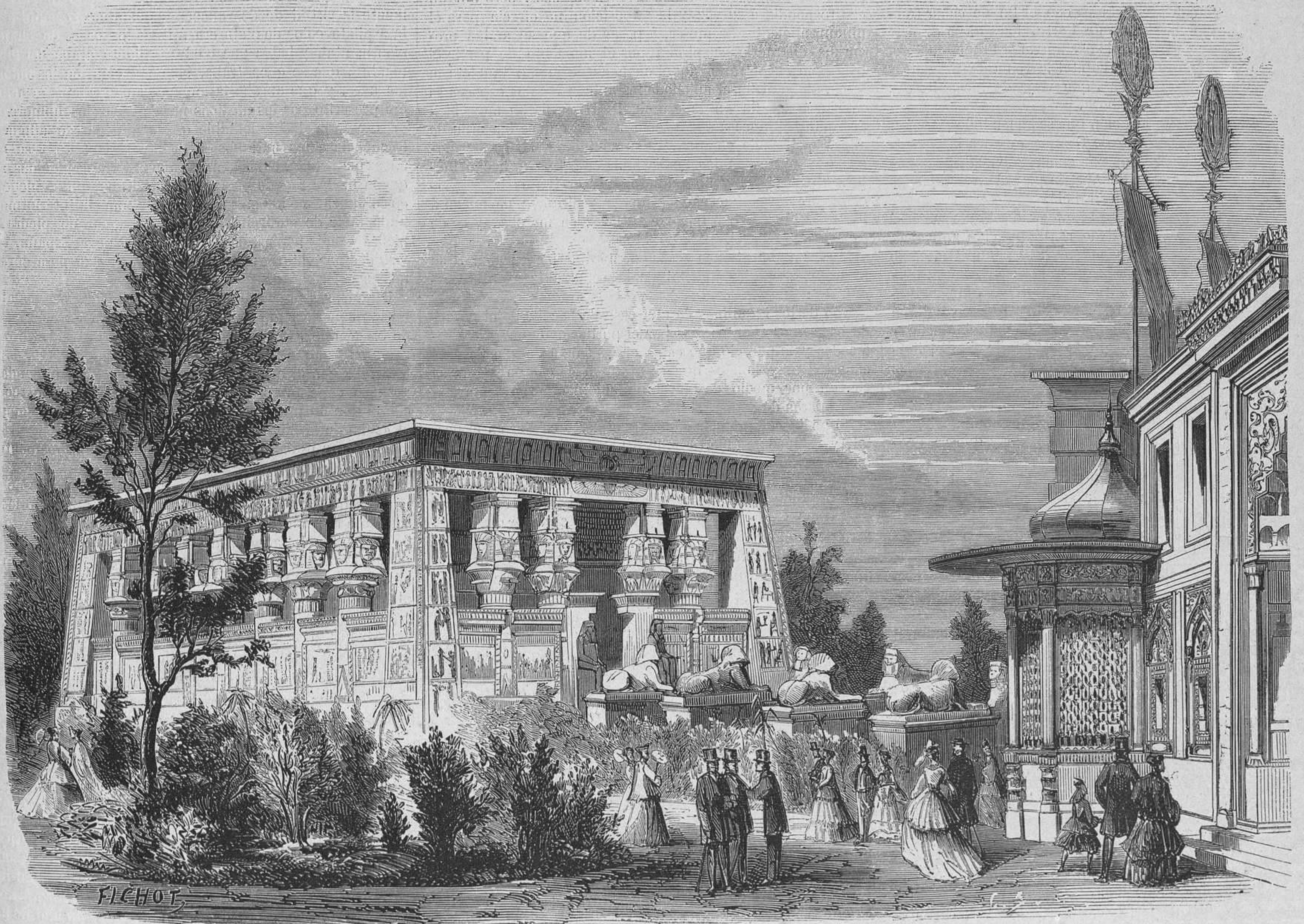
GALERIA DE CELEBRIDADES CONTEMPORANEAS



ROSSINI



EXPOSICION UNIVERSAL. — Galería de los Muebles : Suecia y Noruega.



El templo egipcio en el parque.

vir á sus amigos y á las personas que recurren á su poderosa intervencion.

Es una maravilla ver con qué facilidad, con qué benevolencia inagotable Rossini, no obstante su edad, hace frente á todas estas servidumbres, que son como el revés de la medalla de la gloria.

Nada prueba mejor que la edad no ha producido sus efectos ordinarios en esta omnipotente organizacion; nada, si no es la composicion de su *Petite messe solennelle*, en la que brilla su genio en todo su esplendor y bajo una nueva forma.

Habría sido muy fácil dar á este retrato un barniz vistoso y agradable. No habia mas que trazar en él alguno de los rasgos que produce á cada instante el inagotable talento del autor del *Barbero*, y algunas anécdotas muy originales que se han librado hasta hoy de la publicidad, y que habrian completado el colorido del cuadro; pero el autor ha preferido presentar al grande artista con su carácter serio, el mas importante, sin duda alguna, y el mas digno de ser estudiado.

El hombre que ha compuesto *Otelo*, *Semiramis*, *Moisés*, *Guillermo Tell*, el *Stabat* y la *Petite messe*, no ha sido ni es perpétuamente tan loco y decididor como ha querido suponerse, y es un desastre irreparable para el arte que las circunstancias obligaran á tan extraordinario compositor á dejar la carrera militante á la edad de treinta y siete años. Los que han oído en casa del banquero Pillet Will la misa solemne que ha escrito á los setenta y dos años, son los únicos que pueden comprender la extension de este desastre y la inmensa pérdida que él ha causado al mundo.

A. AZEVEDO.

Revista de Paris.

A punto ya de cerrarse la Exposicion universal, Paris se encuentra amenazado de una nueva invasion que, á juzgar por lo que estamos viendo, no será menos formidable que la que tuvo lugar en los primeros tiempos en que estuvo abierta. Todo el que frecuenta hoy el Campo de Marte, halla en él una concurrencia no menos exótica que la que se veia cuando las visitas del emperador de Rusia y el rey de Prusia. Además de los extranjeros de todos los paises que nos hacen actualmente su visita, los departamentos franceses envian cada dia masas de viajeros. Por último, para que la semejanza sea completa entre el principio y el fin de esta Exposicion, hé aquí otro emperador, el de Austria, que se dispone ya á salir de sus Estados con el fin de echar tambien su ojeada por el Campo de Marte. Para el 25 de este mes de octubre llegará á Paris el emperador Francisco José, y entre tanto están ya en la capital la reina de Holanda y el príncipe real de Dinamarca, que viaja de incógnito con el nombre de conde de Kronborg.

Los preparativos de recepcion que se hacen todos los años por esta época en el palacio de Compiègne para la llegada de la corte, se prosiguen hoy con suma actividad, pues parece ser que el emperador de Austria pasará en Compiègne el tiempo de su residencia en Francia.

Dicese que no se obsequiará al emperador Francisco José con otras fiestas que las relativas á la Exposicion universal, es decir, que no habrá grandes bailes, ni banquetes, como aquellos que se dieron á otros soberanos: en suma, la visita tendrá, digámoslo así, un carácter privado. Sin embargo, hay ciertas ceremonias en perspectiva que no dejarán de ser solemnes, como por ejemplo, la del acto de declarar cerrada la Exposicion universal de 1867, y la de distribucion de premios á los laureados de los concursos agrícolas de Billancourt.

A mayor abundamiento, el diario oficial nos anuncia otra de un carácter popular que tendrá efecto el domingo 27 de octubre en el palacio de los Campos Eliseos, y que será como el coronamiento de la Exposicion.

La emperatriz Eugenia se ha propuesto presidir al reparto de recompensas concedidas por la sociedad fundada para la proteccion de los aprendices y niños empleados en las manufacturas, á aquellos que mas han contribuido por distintos títulos á la mejora del bienestar y de la instruccion moral ó profesional de estos mismos niños.

A esta ceremonia asistirán los directores de las empresas industriales, los manufactureros, capataces y artesanos que emplean chicos, así como los jóvenes obreros, en número de muchos miles, que utilizan ó protegen.

Habrán tambien puestos reservados para las diputaciones de las escuelas de todos los grados de la enseñanza. Los niños ó jóvenes que estas envien, aprendices de letras y de ciencias, no asistirán indiferentes á la reunion de estos aprendices del trabajo manual, aplicados á la satisfaccion de sus necesidades, y cuyas operaciones tendrán que dirigir quizás en lo sucesivo.

Con este motivo, el consejo de la sociedad, y en su nombre el senador Dumas, su presidente, y el duque de Mouchy, su secretario general, han dirigido un llamamiento á las instituciones y congregaciones, á las compañías y sociedades industriales que han creado, ó subvencionado fundaciones en favor de jóvenes de ocho á diez y seis años empleados en la industria; á los manufactureros que han abierto paternalmente en su favor escuelas eficaces, y finalmente, á todos los que pueden designar amos, capataces ó artesa-

nos que han dado pruebas de buenos sentimientos respecto de los jóvenes.

Las recompensas, que serán distribuidas por S. M. la emperatriz, consisten en los siguientes objetos:

Retratos de la emperatriz, que llevan escrito de puño y letra de S. M. el motivo de esta alta distincion;

Retratos del príncipe imperial, con la misma indicacion escrita por el príncipe;

Banderas de honor;

Medallas de oro, de plata y de bronce;

Y diplomas.

Habrán sitios reservados en torno del trono de S. M. para los miembros de la sociedad, para los representantes de la religion, la enseñanza y la autoridad, para los delegados de las obras de Paris y de los departamentos, y para las diputaciones de las escuelas.

Los orfeonistas en número de 1,400, bajo la direccion de M. Pasdeloup, así como la música militar de la guardia de Paris, prestarán su concurso á esta interesante fiesta.

Esta ceremonia no dejará de traer á Paris un refuerzo de gente provinciana, para lo cual se aprovecharán los últimos trenes llamados de recreo. Estos trenes, organizados en toda Francia con destino á Paris, suelen dar margen á curiosas aventuras.

Hé aquí cómo un periódico de Niort refiere un lance ocurrido á un matrimonio en los últimos dias del mes de setiembre.

Los trenes de recreo, dice el diario, que conducen á Paris á la gente de provincias, son causa á veces de grandes disgustos. Un marido y mujer de nuestra ciudad tomaron asiento en uno de esos trenes, y al llegar á Paris, á la estacion de Orleans, se encontraron separados, lo cual es fácil de concebir en los momentos de confusion que se originan al recoger los viajeros sus equipajes. Muchas veces se pierde uno yendo solo y con mayoría de razon cuando se va acompañado.

Recogido su equipaje despues del acostumbrado reconocimiento en la Aduana, el marido se dirigió á un omnibus creyendo que allí se le reuniria su mujer. El omnibus se puso en marcha y dejó al marido en una fonda, mientras que su mujer partia en otro en direccion opuesta. El marido va en busca de su mujer, la cual tenia en su poder todo lo que mas falta podia hacerle, esto es, el dinero. La fatalidad quiso que aunque los dos esposos se hospedaron muy cerca el uno del otro, no se encontraron. Agotados en breve sus recursos, la mujer se hizo conducir á casa de una amiga que le dió hospitalidad.

La zozobra de los dos esposos era grande. El marido se dió á recorrer una á una todas las calles, á examinar todos los semblantes y á interrogar como Orfeo cuando iba en busca de su amada Euridice á todos los ecos, pero ningun eco respondia á su voz y la Exposicion no ofrecia para él ningun aliciente. La mujer, á pesar de que su amiga procuraba distraerla, suspiraba por el momento de partir el tren para encontrar á aquel cuya ausencia tan inquieta la tenia. Llegó al fin el anhelado instante, y los dos esposos se reunieron al fin en la estacion. Se guardaron muy bien de contar el lance á nadie temerosos de que se burlaran de ellos. Fácil es de comprender su contento y las explicaciones que entre los dos mediaron. Como habian hecho inútilmente el viaje, y no pudieron visitar juntos la Exposicion, resolvieron hacer un esfuerzo y dirigirse de nuevo á Paris. El lunes deben ponerse otra vez en marcha, y es de esperar que no vuelvan á perderse.

Puesto que contamos cosas extraordinarias, recojamos de paso en la crónica judicial de la semana la aventura siguiente:

Uno de los inquilinos de una casa de la calle Pajol pasando hace unos cuantos dias por el portal, oyó unos gritos sofocados y le pareció que estos gritos salian de uno de esos canastos muy hondos que se usan en el campo y que se cierran por medio de una tapa sujeta exteriormente con agarraderas de madera.

No podia comprender cómo aquel cesto estaba en el portal, y habiéndole abierto halló dentro á un muchacho que temblaba de miedo.

Pasado un poco el susto, el chico declaró su nombre, dijo que tenia doce años y medio, que vivia con sus padres en Auteuil y que estaba de aprendiz en casa de un lavandero de Boulogne.

¿Cómo se encontraba allí en aquel canasto? Esto es lo que manifestó en una larga historia que en sustancia se reduce á lo siguiente:

El lavandero en cuestion habia salido aquella mañana muy temprano de Boulogne para llevar ropa á sus parroquianos, y estando en la calle del 29 de Julio se detuvo, tomó un envoltorio y entró en una casa, dejando su carricoche confiado al muchacho que le acompañaba en estas excursiones.

El chico, que habia madrugado mucho, sentia cierta propension al sueño, y ya comenzaba á dormirse, cuando entreabiendo los ojos distinguió de repente delante de él á un hombre de alta estatura y de muy mala traza, que enseñándole la punta de un puñal le dijo con voz ruda:

— Calla ó te mato.

Viendo que esta amenaza producía su efecto, esto es, que aterrorizaba al chico, añadió señalándole un cesto muy grande que habia en el carruaje:

— ¡Entra dentro del cesto, y si no pobre de tí!

El chico entró en el cesto, que el hombre cerró y sujetó exteriormente.

El carricoche echó á andar y despues de haber caminado un buen rato se detuvo. Entonces sintió el muchacho que

le bajaban y le dejaban en el suelo, y un instante despues oyó el ruido del carruaje que se alejaba.

Nada mas cierto que esta novelesca relacion. El lavandero se quedó estupefacto cuando á su vuelta no encontró ni chico ni carruaje. Sin embargo, uno y otro se hallaron despues, el muchacho, como ya hemos dicho, y el vehículo vacío y abandonado en la avenida Parmentier. El astuto ladrón se habia llevado toda la ropa que contenia y cuyo valor se calcula aproximadamente en 10,000 francos.

Esta última semana se han dado á luz interesantes publicaciones relativamente á la Exposicion universal, y entre ellas hay algunas que contienen datos muy propios de la crónica.

Por ejemplo, en uno de estos documentos oficiales hallamos indicaciones sumamente curiosas sobre un ramo de industria muy original, cual es el de las obras hechas con cabello, comercio que ha tomado un gran incremento gracias al abuso que hacen las señoras del rodete postizo.

La Auvernia y la Bretaña son las comarcas que abastecen á los peluqueros de Paris del mayor número de cabelleras que emplean para estos añadidos, y luego siguen por orden de importancia Italia, Bélgica y Alemania.

El precio del cabello sin preparacion alguna, tal como le cortan los traficantes, varia entre 60 y 100 francos el kilogramo, y como se venden en Francia sobre 60,000 kilogramos de cabello anualmente, la industria en cuestion representa una suma de mas de 80.000,000 de francos.

En otro documento oficial tambien, una memoria relativa á la joyería y la bisutería en la Exposicion universal, leemos guarismos no menos interesantes.

El oro que en el dia de hoy se emplea en Francia para la joyería equivale á 17,000 kilogramos, cuyo valor asciende á 44.000,000 de francos; la plata empleada para la joyería y platería forma un total de 89,000 kilogramos, que importan 18.000,000, y como la mano de obra aumenta hasta un 60 por 100 el valor intrínseco del oro y un 40 por 100 el de la plata, el valor total de la produccion arroja unos 96.000,000 de francos por año consagrados al lujo.

Sobre las piedras preciosas no hemos visto datos, pero en cambio, se ha publicado un estudio firmado Builder en el que se recuerda los diferentes aspectos con que las piedras se consideraban en la antigüedad.

Con efecto, las piedras preciosas tan solo se consideran hoy bajo el punto de vista artístico, en tanto que nuestros antepasados las miraban de otro modo; las piedras preciosas eran apreciadas en la antigüedad por las propiedades medicinales que se les suponian, tanto como por su valor intrínseco y sus cualidades de adorno. Los boticarios hacian mucho caso de sus virtudes secretas. La amatista era un preservativo de la embriaguez; el diamante era considerado como un preservativo del veneno, y se le atribuye igualmente la virtud de desvanecer las enfermedades del alma; la aspilata color de plata era útil en los casos de enajenacion mental, y habia una piedra brillante árabe del mismo nombre, que se encontraba, segun decian, en los nidos de las aves, y que curaba la melancolía. El «lapis armenus» era prescrito por los médicos para purgar los humores negros, enfermedad indefinible que segun parece afligia con frecuencia á los antiguos. El «lapis hæmatites» se creia eficaz para contener las hemorragias. El «lapis judaicus» pequeña piedra rayada en forma de aceituna, que se encuentra en la Judea, molida en un mortero y tomada interiormente, tenia fama de curar infaliblemente el mal de piedra. La piedra «lapis nephriticus» traída de Nueva España, tenia virtudes portentosas; bastaba atarla al brazo para curar la misma enfermedad.

Las piedras preciosas eran muy apreciadas por los alquimistas como sustancias indispensables para la trasformacion de los metales. Creian que el «ampolitis» atraía el oro, así como el iman atrae el hierro. El «galaminoris lapis» se mezclaba con el cobre para convertirlo en laton. Fundaban grandes esperanzas en el antimonio, pero cuando reconocieron que no producía oro de un metal inferior, le llamaron el «lobo de la filosofía.»

La prensa italiana nos ha dado á conocer últimamente un hecho importante.

El célebre historiador César Cantú ha dirigido desde Milan al señor Renzi, administrador del Instituto histórico, la siguiente comunicacion acerca de la parte que habia tomado Alejandro Volta en la invencion de la telegrafia.

Dice César Cantú que este sabio fué el primero que concibió la idea de transmitir señales á larga distancia por medio de un alambre eléctrico tendido entre dos postes.

Habiendo venido á menos los hijos de Alejandro Volta, el Real Instituto lombardo propuso comprar á sus herederos, por la suma de cien mil libras de Austria, todo lo que habia pertenecido á Volta, y que se hallaba todavía en su habitacion de la ciudad de Como.

Entre los papeles de Volta se encuentra una carta fechada el 15 de abril de 1777, y enviada al profesor Barletti, cuya traduccion es esta:

«¡Cuántas bellas ideas de experimentos sorprendentes se agitan en mi cerebro, basadas en ese artificio de enviar la chispa eléctrica para hacer disparar la pistola á cualquiera distancia y en todas las direcciones y situaciones! En vez del «colombino» que va á encender los fuegos artificiales, enviaré desde un sitio cualquiera, aunque no sea en línea recta, la chispa eléctrica que prenderá fuego por medio de la pistola. Escuchad. No sé á cuántas millas un hilo de hierro tendido sobre el suelo de los campos ó de la carretera, cruzando rios y canales, conduciria la chispa siguiendo el

curso indicado. Pero preveo que en un viaje muy largo sobre la tierra húmeda ó al través de los rios se estableceria muy pronto una comunicacion que desviaria el curso del fuego eléctrico, separado del gancho de la botella para volverse al fondo. Pero si el hilo de hierro estuviera suspendido á cierta altura sobre el suelo por medio de postes plantados de trecho en trecho, por ejemplo, desde Como á Milan, é interrumpido tan solo en este último punto por mi pistola, que continuase y viniera por fin á sumergirse en un canal de navegacion, «naviglio,» que comunica con mi lago de Como, no creo imposible hacer llegar la descarga de mi pistola hasta Milan con una buena botella de Leyden cargada por mí en Como.

«Vuestro afectísimo amigo,

«A. VOLTA.»

Nada nuevo esta semana en los teatros de Paris. En la Grande Opera se concluyen los ensayos generales del gran baile titulado el *Corsario*, cuya primera representacion no tardará ya mucho, y entre tanto sigue haciendo el gasto la *Africana*, cada vez con mayor afluencia de espectadores.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

MIS CANTARES.

Á MI QUERIDO AMIGO DON EMILIO DE PÁRRAGA Y DAZA.

Hay horas de silencio misterioso
En que rompiendo el alma sus cadenas,
En alas de la ardiente fantasía
Adormecida en el espacio vuela.
Horas de melancólica dulzura,
De ilusiones, de sueños, de quimeras,
En que el cielo se extiende á nuestros ojos
Y el corazon se olvida de sus penas.
Aspiracion del alma vigorosa
Que abandonando su prision estrecha,
Se dilata y se pierde en el espacio
Que hay mas allá de la anchurosa esfera.
La inspiracion entonces se detiene
Sobre la frente altiva del poeta,
Y un canto arranca á su armoniosa lira
Que allá en la cumbre de la gloria suena.
El eco de los siglos lo repite,
Pasa el tiempo, lo admira, y lo respeta,
El genio de los hombres asombrado
Lo ve, lo siente, y lo comprende apenas.
El alma abandonada en el espacio
Libre se agita y en la gloria sueña,
Y esos sueños brotando de su lira
Hasta el alcázar que soñó le llevan.

Yo no aspiro á la gloria. Mis cantares
Son dulces cual la miel de las abejas,
Puros como las gotas del rocío,
Humildes como son las violetas.
Como el tímido arrullo de las aves
Entre las flores y las ramas queda,
Así espira mi canto cuando nace,
Sin que la brisa lo levante apenas.
Mis cantares son flores incoloras
Que brotan entre zarzas y entre peñas,
Sin mariposas, sin brillantes galas;
Solo perfume el corazon les presta,
Cuando un dulce recuerdo de la infancia
Cruza mi mente y la acaricia leda,
Si una brisa de amor bate sus alas
Y con su aliento el corazon refresca.
Si un pensamiento noble ó cariñoso
Se posa un punto sobre el alma inquieta,
Yo canto; pero canto como el ave
Que trina alegre en la enramada espesa,
Como el arroyo que á su pié murmura,
Como las auras que á la flor cimbrean.
Yo canto, porque siento dentro el alma
El dulce son que en mi cantar resuena,
Y el espíritu suave que me inspira
Ser de su ser á mis cantares presta.
Presuroso se agita el pensamiento
Prestando al alma misteriosa fuerza
Que me impele á cantar como los vientos
Llevan las olas á besar la arena.
Y canto, y mis cantares al perderse
Cual los del ave en la espesura inquieta,
Se llevan mis suspiros, mis pesares,
Mis amores, mis sueños, mis quimeras,
El agua así del manantial sonoro
Donde pura nació, rauda se aleja,

Ingrata huyendo hácia el audaz torrente
Que presuroso hácia la mar la lleva.
Si el olvido á la flor de mis cantares
Roba sus hojas, quedará su esencia:
Que es el alma inmortal, y en su corola
Vertióse el alma convertida en perla.
Otros aspiren á ceñir la frente
Con laureles altivos y diademas,
Yo solo pido en premio á mis cantares
Una mirada cariñosa y tierna.
Mi corazon como la flor marchita
Que al suelo inclina su corola bella,
¡Pide solo una gota de rocío,
Pide solo una lágrima serena!
Y tal vez cuando el alma vagorosa
El vaso rompa que su ser encierra,
Mientras tiende sus alas al espacio
Y emprende el vuelo á la region etérea,
Oculta bajo un sauce solitario
Os pida el aura al suspirar inquieta,
No una corona de laurel florido,
Sino de mirto y amorosa yedra.

SU RECUERDO.

Allí estaba. La verde enredadera
Daba sombra á su frente.
La brisa que bagaba en la pradera
Dejaba dulcemente
El aroma robado de sus labios,
En el capullo de la blanca rosa
O en los cárdenos lirios de la fuente.
La mirada amorosa
De sus ojos dulcísimos, velados
Y entreabiertos apenas,
Brillaba enamorada, vagorosa,
En sus pupilas claras y serenas.
¡Qué hermosa estaba! Sus flotantes rizos
Caían en su seno
Como una lluvia de oro,
Meciendo blandamente sus hebizos
Al impulso del céfiro sonoro.
El arroyo á sus plantas murmuraba,
La flor que se mecía
Al soplo de la brisa,
Tan solo codiciaba
Un beso, una mirada, una sonrisa.
El sol en Occidente se ocultaba
Y en su luz desmayada la envolvía:
Ella me sonreía... y suspiraba,
Yo al verla suspiraba... y sonreía.
Ya no está allí. Los ángeles bajaron
En nubes de colores,
Y con sus blancas alas cobijaron
La flor de mis amores.
El azulado viento
Las fué elevando luego al firmamento.
Ella está allí. Mi corazon la adora,
Y en la noche serena,
Y al despertar la aurora.
Y cuando el sol los horizontes llena
O allá en la tarde con su luz los dora,
En tempestad ó en calma,
Es su recuerdo mi ilusion querida,
La vida de mi vida,
El alma de mi alma.

ANTONIO CHOCOMELI CODINA.

EN EL ALBUM DE UNA ANDALUZA.

I.

Era una noche de octubre fria
Y en torrencial furor
La lluvia de las nubes descendía...
Dormime á su rumor.
Soñé con una dicha en lontananza,
Soñé que iba á viajar
Realizando por fin una esperanza,
Y me puse á cantar:

II.

Las ilusiones que he concebido
Lejos me llevan, lejos de aquí:
¡Ay! Pero nunca daré al olvido
El pueblecito del Damují.

Este de flores bello palacio
Donde he pasado mi juventud,
Dejo buscando mayor espacio
Al eco libre de mi laud.

Mas si la tregua de mis pesares
Hallo en los pliegues del porvenir,
Y al cabo cruzo los anchos mares
Y en otro clima voy á vivir;

Cuando gozoso la planta siente
En el hidalgo cielo español,
Y cuando brille sobre mi frente
El tibio rayo de un nuevo sol;

Cuando en los valles de Andalucía
O en la opulenta ciudad condal,
El canto salga del arpa mia
Con todo el fuego meridional,

Viendo las galas que Iberia encierra
Y de sus artes el esplendor,
Tendré un suspiro para mi tierra,
¡Tendré un suspiro de dulce amor!

III.

Y me desperté llorando,
¡Porque era un sueño tan blando
El sueño que yo tenía!...
Me parece todavía,
Señora, que estoy soñando.

Y es que á la verdad, no acierto
Si aquel anhelo tan vivo
Ya en mi corazon ha muerto.
Y me parece que escribo
Entre dormido y despierto.

Dama donosa y gentil,
Por la música arrullada
Que forman, suave y sutil,
Auras de Sierra Nevada
Y murmullos del Genil:

A suplicaros me atrevo
Que si esta tierra de luz,
Donde mis trovas elevo,
Dejais para ver de nuevo
El lindo suelo andaluz,

Hagais de mi simpatía
Hácia sus hijas, alarde,
Que así mi pecho lo ansía,
Por si visito mas tarde
La risueña Andalucía.

EL HIJO DEL DAMUJÍ.

Isla de Cuba.

Las lozas en la Exposicion universal.

Desde hace algun tiempo la loza ha reconquistado el favor público, y no le faltan por cierto aficionados entusiastas. Esto se concibe perfectamente, pues la porcelana, sin hablar de los inconvenientes propios de su naturaleza, como la fragilidad y otros varios, no puede pasar de ciertas dimensiones, y no se presta bien sino á los tonos tiernos, á los rosados y los azules, á todos los colores pálidos, en tanto que la loza mas robusta, y que ofrece mayor campo al arte decorativo, aguanta tonos mas firmes y mas francos, sin dejar de presentar por eso igual facilidad para todas las delicadezas. Bajo este concepto, puede visitarse con interés la coleccion Le Veil en el museo de Cluny. Todas las piezas que la componen son de procedencia francesa. En las lozas llamadas de «gran fuego,» hay preciosidades de Ruan, de Lila, de Nevers y de Rennes; y entre los objetos mas ligeros, ¡qué de cosas admirables entre los Niederviller, los Apret, los Sceaux-Penthièvre!

Viniendo ahora á lo moderno, diremos que en la Exposicion francesa llaman sobremanera la atencion las lozas de M. Ulysse, un verdadero artista, un hombre del gusto mas delicado, y muy digno de figurar al lado de sus émulos, los ceramistas Devers, Laurin, Deck, Pull, Rousseau y Jean, que se ha hecho una reputacion merecida por sus lozas para muebles. M. Ulysse tiene una fábrica en Blois, bien conocida de los aficionados. Las piezas que salen de su casa se distinguen tanto por la elegancia de las formas como por la riqueza del dibujo. En nuestro grabado se ven algunos de los principales objetos que tiene expuestos.

C. P. D.



EL MES DE OCTUBRE, dibujo de Gavarni.

La galería

VICTOR MANUEL

EN MILAN.

La galería Victor Manuel que acaba de inaugurarse en Milan es un pasaje anchuroso y monumental que se compone de dos calles cubiertas cruzadas á ángulo recto, y cuya anchura es de 14m,50, sobre una longitud de cerca de 200 metros.

En su punto de interseccion se eleva una inmensa cúpula de 39 metros de diámetro y cuya extremidad está á 30 metros del pavimento. La cristalería de la techumbre ha absorbido 92,000 metros de hojas de cristal, suministradas por la manufactura de Saint-Gobain, así como 3,000 placas destinadas á las muestras de las tiendas que hay en los dos lados de las galerías en toda su extension.

Esta obra grandiosa cuya concepcion es debida á un arquitecto italiano de gran mérito, M. Mangoni, será la única en su género por su magnificencia y por sus gigantescas proporciones.

Y luego hay que advertir, que no es mas que la primera parte de un vasto proyecto que consiste en desembarazar al Duomo de la multitud de construcciones parásitas entre las que se encuentra encajonado, y en abrir en torno de la célebre catedral una magnífica plaza. P. P.

EXPOSICION UNIVERSAL

DE 1867.

La Suecia en la Exposicion. — Cuando la crónica analiza la exposicion, describe menos que compara, y la razon de esto es muy obvia. Los productos que figuran en este concurso internacional son ya conocidos por punto general, y lo que únicamente se desea saber es qué tal ó cuál pueblo es superior en la fabricacion de un producto determinado. Bajo este punto de vista la Escandinavia ocupa un puesto bastante humilde en el Campo de Marte y aunque progresa en la mayor parte de los ramos de su industria, todavía no da otra cosa que grandes esperanzas. Sin embargo, el vuelo está tomado, la prueba se ha hecho ya, y vista bajo cierto aspecto, su exposicion no deja de presentar un interés real, y de ofrecer un sólido alimento á la curiosidad. No deja de aprovechar el adquirir conocimiento de su modo de laboreo de minas, una de sus principales industrias; de su material y sus procedimientos del hilado y del tejido. En lo concerniente á los muebles y otros objetos destinados á la habitacion, ha buscado, quizás con fundamento, su inspiracion fuera de su casa. Sus obras de tapicería y ornato, su platería, sus bronceos de arte, todo esto es conocido. Sin embargo, debemos señalar varias muestras muy



EXPOSICION UNIVERSAL. — Galería de los Muebles: Las lozas de la seccion francesa.

recomendables de sus cristalerías y porcelanas, algunos grandes vasos, copas, bandejas y ornatos de salon. No se parece á lo de Sèvres, pero no es por eso menos recomendable.

ruega se da una instruccion elemental á todos los habitantes gratuitamente cuando hace al caso, pues la enseñanza es obligatoria.

Dos palabras antes de dejar la Suecia, sobre sus chalu-
pas de vapor que se ven
amarradas en el muelle de
Orsay. Estas pequeñas em-
barcaciones tienen catorce
metros de largo sobre una
anchura de tres metros y
un calado de agua de
ochenta y nueve centíme-
tros. Son de hélice y en su
centro está colocado el mo-
tor y la caldera. Pueden
tomar á bordo unos sesen-
ta pasajeros, navegan con
una velocidad de diez á doce
kilómetros y exigen una
fuerza de cuatro caballos-
vapor.

El templo egipcio. — Tres monumentos figuran en el parque egipcio: un okel, un selamlik y un templo. El okel, especie de bazar abierto á todos los ramos de la industria moderna es el Egipto de hoy; el selamlik, muestra del arte antiguo de los árabes, es el Egipto de la edad media, y el templo que se ve representado en nuestro dibujo, es el Egipto antiguo, el Egipto medio perdido ya en las nubes.

No tenemos que ocuparnos aquí sino del templo. Este monumento es un fidelísimo facsimile de arquitectura faraónica, como los dos templos de Edfu, hoy en ruinas, como el templo de Denderah ó el de Esneh, célebre por sus esculturas y su Zodiaco. Ahí está con su puerta grandiosa y la avenida que á él conduce guardada por una doble hilera de esfinges. Cabeza y busto de mujer y cuerpo de leona, ahí están como la gigantesca esfinge que se ha encontrado en Egipto no lejos de la segunda pirámide de Gizeh.

«Esa gran figura mutilada, dice M. Ampère, es de un efecto extraordinario: es como una aparicion eterna. El fantasma de piedra parece pensativo, diríase que duda y mira. Su grande oido parece estar recogiendo los ruidos del pasado; sus ojos vueltos hácia el Oriente parecen espíar el porvenir.»

Precisamente así se nos presentan las esfinges del Campo de Marte: es-



MILAN. — Las galerías de Victor Manuel.

cuchan y miran: parece que recuerdan y comparan.

El edificio cuya entrada guardan, es admirable en su conjunto, admirable en sus detalles y principalmente en los bajo-relieves que le rodean, y que ha copiado sobre los mismos monumentos del Egipto, el eminente arqueólogo, M. Mariette. Gracias á este sistema de copia exacta, el edificio se nos ofrece con el carácter de la mas completa autenticidad. En el interior no hay mas que geroglíficos y bajo-relieves, escenas animadas donde están representadas, digámoslo así, día por día, la era del pueblo de los faraones, y los múltiples aspectos de su civilización perdida hace ya tantos siglos. Aquí la vida campestre: las pastores con sus rebaños, los labradores entreabriendo la tierra feraz; ahí un faraón haciendo por sí y ante sí justicia á sus súbditos y luego veinte cuadros mas: escenas de pesca, escenas de caza, de navegación, de talleres.

Pero lo mas notable de las curiosidades del templo egipcio, son las piezas, sacadas del museo de Boulak, mil cosas curiosísimas, como joyería antigua, objetos del culto, hasta el buey Apis, la gran divinidad. En cuanto á estatuas las hay en abundancia, lo mismo que momias y varios sarcófagos de la ciudad que en otro tiempo se llamaba orgullosamente Tebas, y que oculta su miseria presente con el nombre de Dehr-el-Bahari.

C. P. D.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

La baronesa abrazó á su hija y la dijo afectuosamente:

— Tú eres mi diablillo: vamos, anda á buscar á tu padre, porque de lo contrario el café estará frío.

Cuando el baron entró bajo la enramada, preocupado todavía por su conversacion con Ehrental, la baronesa enlazó sus manos con las de su esposo y dijo:

— Oscar, Leonor me causa algunas inquietudes.

— Pues qué; está enferma por casualidad? preguntó sorprendido.

— No; está completamente buena. Leonor tiene un corazón excelente; pero es demasiado despejada, demasiado desventurada para lo que conviene á su edad.

— Se ha criado en el campo y esto ha hecho que se críe alta y robusta, contestó el baron con calma.

— No tiene maneras ni tacto con los extraños, continuó la madre. Temo que abandonada á sí misma acabe por ser demasiado original.

— ¡Bien! la desgracia no será muy grande, dijo el baron riendo.

— No la hay mayor para una joven de nuestro rango. El que se singulariza en la sociedad llega á ponerse en ridículo. La menor travesura, la mas pequeña extravagancia en las maneras, pueden comprometer para siempre su porvenir. Es necesario que se vea obligada á velar sobre sí misma, y temo que aquí en el campo no lo aprenderá jamás.

— ¡Cómo! ¿nos separaremos de nuestra hija por años enteros y confiaremos su educacion á manos extrañas? dijo el padre algo contrariado.

— Y sin embargo es necesario que sea así, repuso la baronesa con seriedad; aun cuando me cueste mucho el decirlo. Ella se conduce mal con las demás jóvenes de su edad, no guarda atenciones con las mujeres y tiene maneras demasiado decididas en presencia de los hombres. ¿Puedes tú hacerte cargo del papel que representaria en la corte una joven de los modales de Leonor? preguntó la baronesa despues de una corta pausa.

El baron sintió la pena que le causaban las reflexiones de su esposa, y tal vez tambien porque la corte de un príncipe, en general, no es el sitio adonde las jóvenes de todas edades presentadas demasiado pronto llevan consigo sus libros de colegio y juegan al raton y al gato.

— Ya cambiará, añadió finalmente.

— No cambiará, replicó la baronesa con dulzura apoyando una mano en el hombro de su marido, mientras sea la alhaja de su padre, salte con él á caballo los vallados y las zanjás como en un *steeple-chase*, y que hasta te acompañe á la caza.

— Yo no podré acostumbrarme á estar privado de la compañía de mis dos hijos á la vez, dijo el padre con ternura. Esto sería muy desagradable para nosotros, y tú que quieres representar ahora el papel de madre severa no serías la que menos sufrirías.

— Tambien puede ser, dijo la baronesa en voz baja con los ojos arrasados en lágrimas. Pero no debemos pensar solo en nosotros; es preciso pensar en el porvenir de nuestros hijos.

Observando el baron la emocion de su esposa, la atrajo hácia su corazón y dijo con tono resuelto:

— Escucha, Elisabeth. Cuando en otro tiempo, siendo mas jóvenes, hablábamos de lo que nos ocupa en este momento, pensamos que la educacion de Leonor fuera otra. Proyectamos vivir en la ciudad durante el invierno y que nuestra hija recibiera bajo tu direccion las últimas lecciones antes de hacer su entrada en el mundo. Pues

bien, no te separarás de ella, y de este invierno en adelante, habitaremos en la capital.

La baronesa, que no esperaba tanta abnegacion, levantó y dijo conmovida:

— ¡Querido Oscar!... pero... perdóneme la pregunta. Esa permanencia en la capital; no exigirá de nosotros mayores sacrificios?

— No, dijo el baron alegremente; tengo proyectos que me hacen desear tambien que pasemos el invierno en la ciudad.

Refirió lo que habia resuelto, y convinieron entre los dos que irían á la capital.

IV.

El sol se ocultaba en el horizonte cuando nuestros dos peatones llegaron á las primeras casas de la capital.

Al principio eran estas pequeñas y estaban aisladas, seguían luego bonitas habitaciones de verano rodeadas de hermosos jardines; luego las casas uniéndose mas y mas á los dos lados formaban una calle; con el polvo y el tránsito de carruajes, vagas inquietudes vinieron á turbar el corazón de nuestro héroe.

En medio de aquel dédalo de calles anchas y estrechas que se cruzaban entre sí, Antonio no hubiera podido orientarse, si su compañero, que por respeto al traje mas decente de su antiguo camarada de clase, se mantenía á cierta distancia detrás de él, no le hubiese indicado su camino en las esquinas de las calles, gritándole tan pronto que volviera á la izquierda como á la derecha.

Pero Veitel Itzig tenia marcada predileccion por las callejuelas tortuosas y las aceras estrechas. De cuando en cuando hacia, siguiendo detrás de su compañero de viaje, con cínica familiaridad signos á las jóvenes engalanadas que estaban en el umbral de la puerta, ó bien saludaba á los jóvenes de ojos abultados y nariz arrengada, que con las manos en los bolsillos se paseaban por las calles.

Algunas veces le contestaban al saludo irguiendo la cabeza, lo que podia traducirse próximamente por estas palabras:

« ¡Ese es un pobre diablo que no tiene un cuarto! »

Ordinariamente eran acogidos sus agasajos con un frío desprecio, que el callejero de baja esfera y de los cuarteles mal reputados (cuando no esperan sacar ningun provecho) sabe mostrar tan bien como el héroe de espesos bigotes en las baldosas de granito de los elegantes edificios de la ciudad.

Finalmente, nuestros dos jóvenes entraron en una calle larga y ancha; bellas y elevadas casas con columnatas, almacenes elegantes y una multitud de personas bien vestidas denotaban que la comodidad y la riqueza habian logrado decididamente elevarse sobre la pobreza y la miseria.

Se detuvieron delante de una gran casa. Itzig, designando la puerta cochera con cierto respeto y timidez, dijo con brevedad:

— Aquí es donde vive. En esta casa tú llegarás á ser dentro de poco tan orgulloso como esos *gojim* (cristianos); si quieres saber dónde puedes encontrarme, en el despacho de Ehrental calle de Zurradores, te darán razon. Buenas noches.

Se puso á silbar y se fué lentamente por la calle abajo sin volver la cabeza.

El corazón de Antonio latía con fuerza cuando entró en el vestíbulo y buscó en el bolsillo la carta de su padre. Su valor habia disminuido y le pesaba tanto la cabeza que de buena gana se hubiera sentado un instante para reponerse; pero nada indicaba el reposo en aquella casa: delante de la puerta habia un gran carruaje cargado de mercancías; en el patio toneles, balotes y fardos; hombres de formas atléticas y anchas espaldas, con delantales de cuero y unos ganchos cortos en la cintura, conducían escaleras, hacían sonar cadenas, rodar toneles y ataban gruesas cuerdas por medio de nudos hábilmente hechos.

En medio de aquella batahola, corrían en todas direcciones, dependientes con la pluma detrás de la oreja y el papel en la mano, y los carromateros que llevaban blusas azules recibían los papeles, los fardos y los toneles con la dignidad magistral que caracteriza ordinariamente la actividad de un hombre responsable de sus actos.

Aquí no habia un sólo rincón en donde no se apercibiera el movimiento. Antonio se dió un golpe contra un balote, le faltó poco para caer encima de una palanca, y gracias al grito de ¡cuidado! que dos hijos de *Enak* con delantal de cuero le dieron casi al oído, escapó á duras penas del peligro de ser aplastado por una gran bota de aceite.

En el centro del movimiento, parecido al sol en derredor del cual giraban los toneles, los obreros y los carreteros, se hallaba un joven de ademan resuelto y hablar conciso que como insignia de mando tenia en la mano un gran pincel negro con el cual trazaba tan pronto geroglíficos gigantescos encima de los fardos, ó prescribía sus movimientos á los cargadores.

A este joven fué á quien se dirigió Antonio con voz ahogada para preguntarle dónde estaba el jefe de la casa. Una sencilla seña con el pincel le indicó el escritorio que estaba en el fondo del vestíbulo.

Se dirigió á la puerta muy indeciso y necesitó gran resolucion para coger el botón y darle vuelta, de lo cual se ha acordado frecuentemente despues, y cuando la puerta se abrió sin ruido echó una ojeada á aquella

sombria sala de trabajo, se sintió presa de tal inquietud que apenas pudo pasar del dintel. Su entrada causó poca sensacion.

Cinco ó seis dependientes hacían correr sus plumas sobre hojas de papel azul para poder escribir el último renglón antes de que se cerrara el escritorio y el buzón del correo. Uno solo de aquellos señores, el que estaba mas cerca de la puerta, se levantó y preguntó con sequedad:

— ¿En qué podemos servir á Vd?

Antonio acababa de explicar tímidamente que deseaba hablar á M. Schroeter, cuando salió del segundo escritorio un hombre de aventajada estatura, de rostro arrugado, con alto cuello de camisa y fisonomía completamente inglesa.

Antonio miró rápidamente su cara, y esta primera ojeada, muy tímida y fugaz, le restituyó una buena parte de su valor. Reconoció en aquel hombre al que habia deseado tan vivamente en las últimas semanas, un buen corazón y un alma honrada. Sin embargo, el patron tenia un aire bastante severo, y su primera pregunta la hizo con viveza y brevedad.

Antonio echó con presteza mano á su carta, dijo quién era y refirió presuroso y con voz entrecortada que su padre, antes de morir, le habia encargado que saludara de su parte á M. Schroeter.

De repente, los ojos del negociante brillaron con expresion de benevolencia; abrió la carta, la leyó en silencio y lentamente, tendió la mano á Antonio que estaba conmovido y le dijo:

— Sed bien venido.

Y volviéndose á uno de los dependientes que llevaba un traje verde y un mangote gris atado á la muñeca derecha, añadió:

— Desde este día M. Antonio Wohlfart entra á ocupar un puesto en nuestro escritorio.

Las seis plumas cesaron por un instante de volar sobre el papel y todos miraron á la vez á Antonio. Pero el jefe se dirigió á este y le dijo:

— Debeis estar fatigado. M. Jordan os indicará vuestro cuarto; descansad hoy, que mañana ya os instruiré en lo que debeis hacer.

Despues de pronunciar estas palabras, se inclinó ligeramente y volvió á entrar en el segundo escritorio, donde otras seis plumas volaban igualmente por encima del papel azul, haciéndolo en este momento con tal celeridad que las barbas de las plumas se erizaban de espanto porque el martillo del viejo reloj de pared iba á dar la hora.

Solo el señor del traje verde se levantó, desató el mangote, le dobló cuidadosamente, lo encerró con una porción de papeles en su pupitre é invitó á Antonio á que le siguiera.

Este volvió á salir por la puerta del escritorio donde no habia permanecido mas que diez minutos, pero era ya otro hombre, su suerte estaba decidida, ahora tenia una patria y habia entrado en los negocios.

Tambien pegó, alegremente, al pasar, encima de un gran fardo, como se da á un amigo en el hombro; habiendo observado esta accion el señor de la levita verde le dijo con un benévolo desenfado:

— Esto es algodón.

Y tres pasos mas allá Antonio pegó de nuevo, como un hombre versado, encima de un tonel colocado en un rincón como un grueso granjero en traje de verano; el mismo señor se volvió otra vez y dijo con la misma amabilidad:

— Estas son pasas de Corinto.

Antonio no solo no tropezó ya con una palanca, sino que hasta separó una con un vigoroso puntapié, saludó con familiaridad y firmeza á un gigante con delantal de cuero que encontró al paso, y sintió mucho gozo cuando este le contestó cumplidamente á su saludo, y sobre todo cuando el señor de la levita le dijo todavía amigablemente:

— Este es el primer cargador.

Atravesaron un largo y vasto patio tortuoso, y cuando llegaron á la parte trasera de la casa subieron hasta el tercer piso; en seguida M. Jordan abrió la puerta de una habitacion y observó Antonio que esta seria sin duda su futura morada, la que habia dejado desocupada uno de sus amigos que habia salido de la casa para establecerse por su cuenta.

Esta habitacion era muy pequeña, los muebles muy sencillos, no eran nuevos, la cama estaba velada por unas colgaduras blancas muy limpias, en las ventanas habia cortinas con resortes y encima de la mesa un hermoso gato de yeso muy bien barnizado y pintado de amarillo, de tal manera que se le hubiera podido tomar por verdadero. Este gato le habia dejado en la habitacion el colega establecido, para diversion de su sucesor.

M. Jordan volvió lo mas pronto posible al escritorio en el cual debia entrar el primero y salir el último, porque le estaban confiadas una parte de las llaves; y Antonio se quedó solo.

Con ayuda de un criado agasajador que se brindó con la mayor voluntad á arreglar su habitacion, cambió de traje y en el momento en que terminaba esta operacion gran ruido de pasos le anunció que sus colegas abandonaban el escritorio y se retiraban á sus cuartos respectivos.

El señor de la levita verde apareció de nuevo para comunicarle que M. Schroeter habia salido para una junta y que no estaria visible hasta el día siguiente; pero aconsejó á Antonio en su calidad de recién venido, que hiciese una visita á cada uno de sus nuevos compañeros, para entrar en relaciones con ellos de una manera conveniente.

Antonio bajó algunos escalones en compañía de su guía; y M. Jordan iba á llamar á una puerta precisamente en el momento en que se abrió para dejar paso á un joven bello é irrespetuoso, de mediana estatura, cuyo aire impuso á nuestro héroe.

Habia cambiado de traje; llevaba calzon ajustado y botas á *l'écuylère*, una gorra redonda en la cabeza y tenía en la mano un latiguillo que agitaba con orgullo.

— ¿Conducís ya á vuestro potrillo por el ramal? preguntó sonriendo el joven de las botas á *l'écuylère*.

M. Jordan á quien se dirigía esta pregunta, tomó un aire de solemnidad y se encargó de la doble presentación.

— M. Wohlfart, el nuevo dependiente que acaba de llegar... M. de Fink, hijo de la gran casa de Fink y Becker de Hamburgo.

— Heredero del mas grande depósito de brea que hay en el mundo, etc., añadió M. Fink perezosamente. Jordan, dadme diez escudos que tengo que pagar al palafrenero. Anotadlo con lo demás.

Jordan se apresuró á sacar de su cartera un billete y lo entregó al jinete, quien lo dobló y lo metió negligentemente en el bolsillo del chaleco. Volviéndose en seguida hácia Antonio, le dijo con tono may atento:

— Si teniais intencion de hacerme una visita, como parece indicarlo la solemne figura de vuestro Mercurio, siento no estar hoy en casa, porque me dispongo para ir á comprar otro caballo. Vuestra visita la doy por recibida, y os la agradezco con todo el honor que os es debido, y os doy mi bendicion por vuestra bienvenida.

E inclinándose ligeramente, bajó la escalera y atravesó el patio haciendo sonar sus espolines en el enlosado.

Las maneras, al parecer, tan poco caballerosas de M. Fink hirieron singularmente el amor propio de nuestro pobre Antonio, que aturdido se decia:

— Si los otros compañeros que están en la casa son como este, me costará mucho trabajo acostumbrarme á vivir con ellos.

M. Jordan juzgó prudente explicar la extraña conducta de Fink, lo que hizo dándose un aire al mismo tiempo familiar y de importancia.

— Fink no pertenece á la casa mas que á medias, hace muy poco tiempo que está aquí; su padre le ha hecho venir de Nueva York y nos le ha enviado para hacerle entrar en razon.

— Eso prueba que no es razonable, dijo Antonio con curiosidad.

— Tiene solamente demasiada vivacidad y es muy burlon; por lo demás es buen compañero. En cuanto á los demás empleados, los he invitado á todos á que vengán á tomar el té á mi cuarto para hacerlos entrar en relaciones con ellos. Mañana los visitareis particularmente á cada cual en su habitacion.

La habitacion de M. Jordan era la mas espaciosa de todas las que se hallaban en la parte trasera de la casa en donde los empleados en el escritorio vivian solos, ó á lo mas dos en un mismo cuarto.

Tambien algunas veces, gracias á esta circunstancia y á la condescendencia de su morador esta pieza servia de salon. Habia allí un piano, algunos sillones y entre las ventanas varias figuras de *biscuit* representando virgenes y santos de la edad media.

Aquí era donde unos en pie, otros sentados, los dependientes aguardaban á su nuevo camarada. Antonio en esta presentacion general consiguió disponerlos á todos en su favor estrechando cordialmente la mano á cada uno en particular, reclamando en seguida la benevolencia y el apoyo de todos, siendo, como decia él, novicio todavía, sin experiencia y poco acostumbrado á la sociedad.

Esta franqueza no dejó de producir buen efecto. Se entabló una amigable conversacion, sazónada con alusiones y chanzonetas de las que naturalmente Antonio no debió comprender gran cosa. Así es que guardó prudente silencio y se dedicó á estudiar el tono y el carácter de cada cual.

El tenedor de libros M. Liebold, era un hombre pequeño que empezaba ya á ser viejo, de voz dulce y aflautada, que al parecer con su perenne y modesta sonrisa pedia perdon al mundo por la gran libertad que se tomaba de existir todavía. Hablaba poco, pero tenia la singular costumbre de retractarse al fin de cada frase de lo que habia dicho al principio; como por ejemplo:

— Casi creo que este té está un poco flojo, pero á decir verdad el té demasiado fuerte no es bueno para la salud.

Luego seguia M. Pix, el soberano dueño del pincel negro del vestibulo, hombre resuelto, muy dispuesto á tratar las costumbres de la sociedad como sencillos detalles, tal vez respetables, pero muy minuciosos.

Como faltaba una silla en la habitacion en que se servia el té, acercó una mesita, se colocó en ella como si montara á caballo y permaneció en esta postura toda la noche.

Mas lejos estaba un tal M. Specht que hablaba y gesticulaba mucho, empeñado en sostener paradojas discutidas y refutadas por todo el mundo. Así es que pretendia que la China tenia un gobierno que se diferenciaba muy poco del de Inglaterra, y sostenia apasionadamente que la sopa de caracoles habia sido el manjar favorito del gran Napoleon.

Entre los convidados figuraba tambien M. Bauman, hombre flaco, de cabello corto, aire reposado y reflexivo, que iba todos los dias á la iglesia, llevaba su ofrenda á todas las sociedades y que pretendian sus colegas que habia manifestado la intencion de hacerse algun dia misionero,

Siempre diferia tomar una resolucion tan importante, porque sentia por Alemania un amor filial, y porque creia necesaria su presencia en la casa de comercio donde se habia habituado á trabajar.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las novedades del dia. — Enumeracion de telas á la moda. — La forma de los vestidos invariable. — Tres clases muy distintas de vestidos. — Lo que exige el traje corto. — Los vestidos dobles despues de las faldas dobles. — Modelos de trajes distinguidos fotografiados para las lectoras del *Correo*. — Las confecciones del próximo invierno. — Modelos de sombreros. — Descripcion del figurin de este número.

Acabamos de hacer una inspeccion en las casas parisien-ses que mas se distinguen por las novedades de la moda, y hé aquí el resultado de nuestro examen:

En cuanto á telas, se llevarán este invierno muchas de lana y seda con fondos de matices Bismark, granate, verde mar, gris oxidado, etc.

Estas telas son de mil rayas negras, casi invisibles á cierta distancia, lo que produce una especie de tornasolado de muy bonito efecto.

Se ven muchas rayas con poco espacio entre sí, ya en telas de lana, ya en telas de fantasía; y esto de los rayados parece tan en moda, que se muestran igualmente en las sederias.

Los rayados satinados sobre poul de seda ó faye abundan mucho.

Tambien hemos notado faye sembrados de florecillas dispuestas en grupos sueltos, ó diseminados; este último género es elegantísimo.

Los dibujos de todas las novedades creados para faye ó poul de seda se reproducen en fular.

Asimismo se han dado á luz magníficos fular cruzados lisos ó sembrados de flores, con los cuales se componen trajes sumamente graciosos.

Hay fondos de todos los colores cubiertos de nieve, hay rayados, Bismark, hay en fin una variedad tal que su enumeracion seria imposible.

La forma de los vestidos parece que continuará siendo la misma.

Tres clases de vestidos muy distintas se reparten hoy el imperio de la moda, á saber: vestido de cola, vestido que apenas toca al suelo, por consiguiente de forma redonda, y vestido corto.

Este último vestido exige mucha elegancia. Además, es preciso que la señora que lo lleve sea graciosa en el andar, y sabido es que la gracia, como la distincion, no se adquiere: hay que haber nacido con ella.

Tambien se hacen ahora vestidos dobles: como hemos tenido la doble falda, tendremos ahora el vestido doble.

La moda del estilo Imperio nos ha valido esta novedad, que hará trabajar mas de lo que se cree á las imaginaciones de las modistas.

Muchos de estos vestidos se llevan con confeccion, y por lo tanto se necesita un corsé de un corte irreprochable.

El doble vestido solo deja ver el talle con sus perfecciones ó imperfecciones, y estas últimas se corrigen fácilmente por medio de un corsé fabricado por una corsetera de fama.

Citemos ahora algunos de los trajes mas distinguidos que hemos hallado hasta ahora.

Un vestido de faye de larga cola con un solo pliegue muy grueso al talle por detrás; delantero aplastado y costura al sesgo en la falda.

Sobre la costura de los paños y en el bajo de la falda, á la cabeza de una recortadura de ondas, ramaje de anchos pensamientos negros con folaje.

El pensamiento tiene 5 centímetros de alto; los dos pétalos superiores son de terciopelo negro, y los tres de abajo de raso negro.

El talle está formado por una doble torcida muy fina de raso y terciopelo negro.

En torno de los pétalos de terciopelo hay un fino ruló ó un orillo de raso.

Las hojas son de raso orladas de terciopelo.

Este vestido tiene un cinturón de largas y anchas puntas, y á cada cabo hay un ramaje de pensamientos.

Sobre lo alto de la manga, ramaje de pensamientos.

Cada cáliz de los pensamientos está formado de una estrella de bordado de seda blanca.

Además de los vestidos con aplicaciones de flores, se hacen preciosos trajes de faldas redondas, que se componen de esta manera:

Primera falda de poul de seda blanco con rayado malva, de cuerpo alto, de talle y mangas con rayados cortados al sesgo y justos al brazo.

Segunda falda negra de faye, recortada por el bajo á dientes de lobo guarnecidos con un entredos de azabache.

Segundo cuerpo medio escotado por detrás, abierto en forma de corazon por delante, y guarnecido como los dientes con un entredos de azabache, y luego por arriba con un encaje de Chantilly fruncido, de 5 centímetros de altura.

Las sisas de este segundo cuerpo se guarnecen con un

entredos de azabache y un encaje de Chantilly formando jockey.

Otro vestido era gris, de cuerpo semi-montante, adornado por arriba con zig-zags de terciopelo negro; sobre la falda de cola y toda ella aplastada, grandes zig-zags de terciopelo negro, subiéndolo y dejando por delante el espacio de un delantal.

Este vestido no tenia mangas, sino solamente un jockey recortado por abajo un zig-zag.

Confeccion parecida al vestido, cortada en línea recta por detrás, á 15 centímetros mas abajo del talle. Los delanteros son mas largos que la espalda y están cortados cuadrados tambien, pero de modo que caen enfrente del fin de los zig-zags de los lados.

Por último, citaremos tambien un vestido de viaje muy original, de *sablé* de oro sobre fondo granate.

Falda redonda con costuras al sesgo.

Cuerpo de faldeta peplum, cuyas puntas caen por cada lado casi sobre el bajo de la falda, á 20 centímetros no mas del dobladillo. En cada punta, gruesa borla de seda negra, perlada de azabache en torno de la faldeta peplum, entre dos cintas de perlas granate y perlas de azabache.

Este cuerpo es alto. Las mangas van justas y están guarnecidas á los lados con una cinta como la del bajo del peplum.

Confeccion de la misma tela: forma paletó, guarnecido en medio de la espalda con tres cintas de perlas.

Mangas á la judía, medio abiertas sobre la sangría, cuadradas por abajo y adornadas con entredos de perlas.

Las confecciones de la nueva estacion no parece que van á cambiar de forma: sin embargo, aun no se puede decir nada definitivo en punto á esto.

Hemos visto paletós con punta chal prolongada por detrás y por delante; sobre las caderas ofrecen la forma cuadrada.

Otros son cuadrados por detrás y prolongados por los lados en lengua de fuego, orlada de raso.

En fin, parécenos que vamos á tener modelos mas largos.

Tambien se habla de mangas de terciopelo con cuerpo del paletó de faye, teniendo sobre las caderas puntas de terciopelo bordadas de azabache, que recuerdan la manga.

Por delante, hácia la escotadura, habria tambien un pequeño plastron bordado de azabache sobre terciopelo, lo que no dejaria de ser original.

Ahora para completar esta revista toda de novedades, debemos hablar de los sombreros.

Tampoco aquí encontramos gran variacion en la forma; hé aquí los modelos mas nuevos:

Un sombrero llamado Imperia, con ala abarquillada, que se mantiene derecha lo mismo que un bandó de pedrerías, y mas ancha en medio de la frente que por los lados. El resto de la forma abarca lo alto de la cabeza y se hace de terciopelo dispuesto en pliegues-rulós.

El ala derecha está cubierta de terciopelo cosido llano.

Otro sombrero cortado en fanchon está enteramente guarnecido con cocas aplastadas de raso violeta y terciopelo.

Por delante, al borde, trenza de raso y terciopelo violeta.

Otra forma es una verdadera concha, cubierta de terciopelo imperial de color Bismark claro, plegado en rayo.

Detrás, sobre el cabello, cae una franja de color Bismark, de pluma de avestruz rizada, que viene á formar collar por delante.

En el interior, por el lado de la frente, hojas de oro puestas como ribete sobre el borde del ala.

Otra forma fanchon está simplemente guarnecida por un grupo de cocas de cinta de raso verde esmeralda y de terciopelo.

En medio del grupo florecillas de perlas blancas.

Detrás, sobre el rodete, franja de pluma rizada, de color adecuado al de las cocas.

Para resumir las modas de los sombreros diremos que este invierno se llevarán muchos negros, con adornos de oro, y tambien habrá muchos Bismark, el gran color á la moda.

Concluyamos con la descripcion de nuestro figurin, que es como siempre un modelo de trajes elegantes.

El primero es de muselina blanca, bordada sobre viso de tafetan rosa, guarnecido con una doble ruche de tafetan recortado.

El vestido de muselina forma ondas al borde y queda corto sobre el delantero.

El cuerpo, escotado, es de faldetas redondeadas y sin pliegues al talle; la faldeta de detrás cae hasta muy abajo, y los contornos de cada faldeta se hallan guarnecidos con un pequeño rizado.

El mismo adorno sigue el contorno del cuerpo escotado, cuyas mangas, cortas, se componen de un pequeño abullonado coronado por la ruche color de rosa.

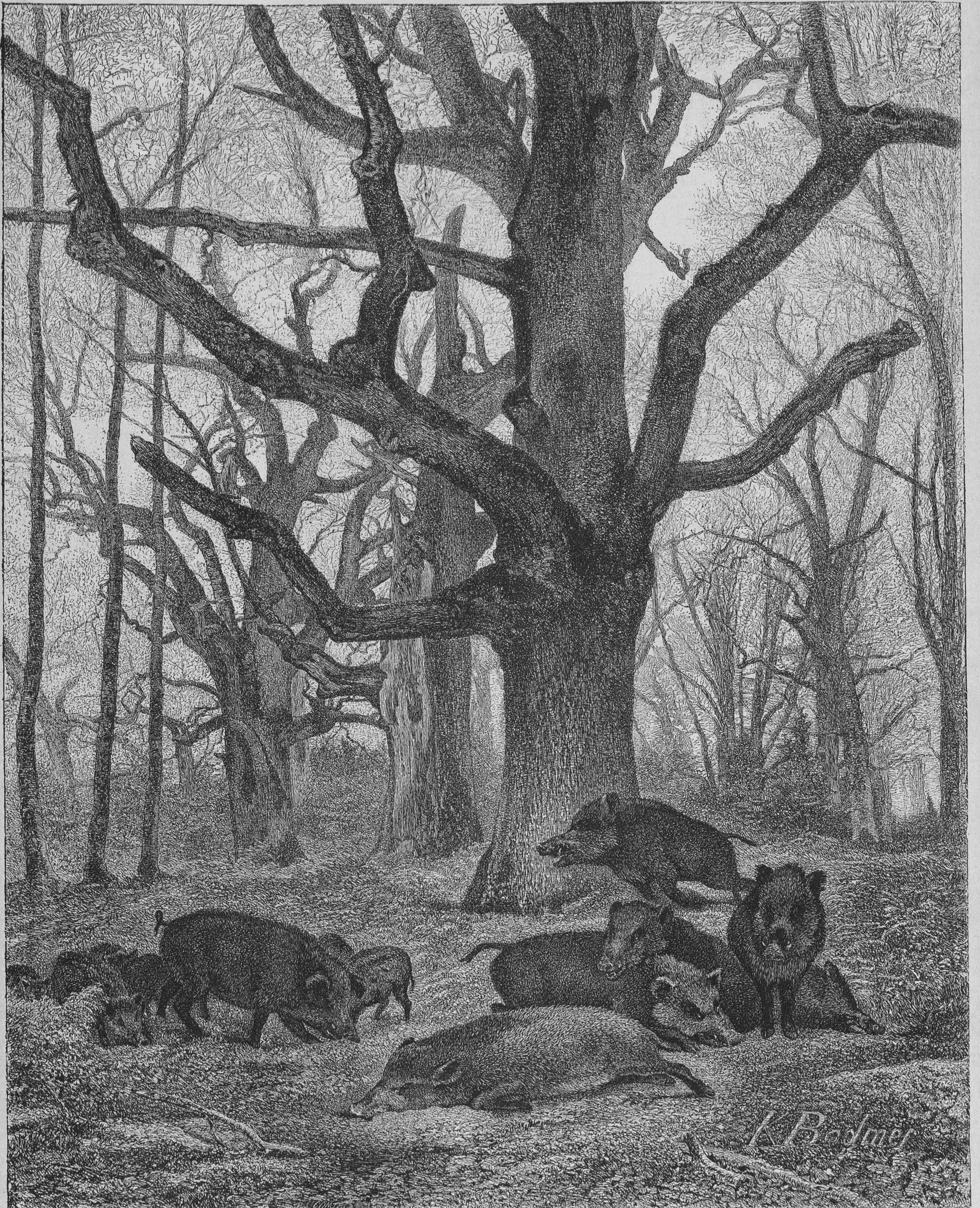
Tocado en armonía con el traje, y guante blanco.

La otra figura lleva un vestido de seda gris pálido. Cuerpo semi-alto, abierto por delante hasta la cintura; mangas de gasa formando seis bullones recogidos de distancia en distancia por un hermoso galon de seda, boton de oro que forma adorno sobre el hombro y borde del cuerpo.

Cada costura de la falda enteramente aplastada por arriba, está adornada con el mismo galon ricamente labrado. El cinturón es igual y se fija con un lazo.

En la cabeza flores de color adecuado al del galon que forma el adorno de la falda. Guante blanco.

M. P.



EXPOSICION UNIVERSAL, seccion suiza. — Jabalíes en la espesura, cuadro por M. K. Bodmer.

El globo

DE LA EXPOSICION UNIVERSAL.

La primera experiencia pública de la ascension de un globo tuvo lugar en el Campo de Marte el 27 de agosto de 1783. Era pues de desear que no se olvidase la aeronáutica en la Exposicion universal de 1867, y sin embargo las galerías del palacio de la Industria, no contienen ningun objeto relativo á esta ciencia. Por fortuna, la omision ha sido reparada por M. Giffard, hábil ingeniero que ha ejecutado en 1851 distintas experiencias de navegacion aérea.

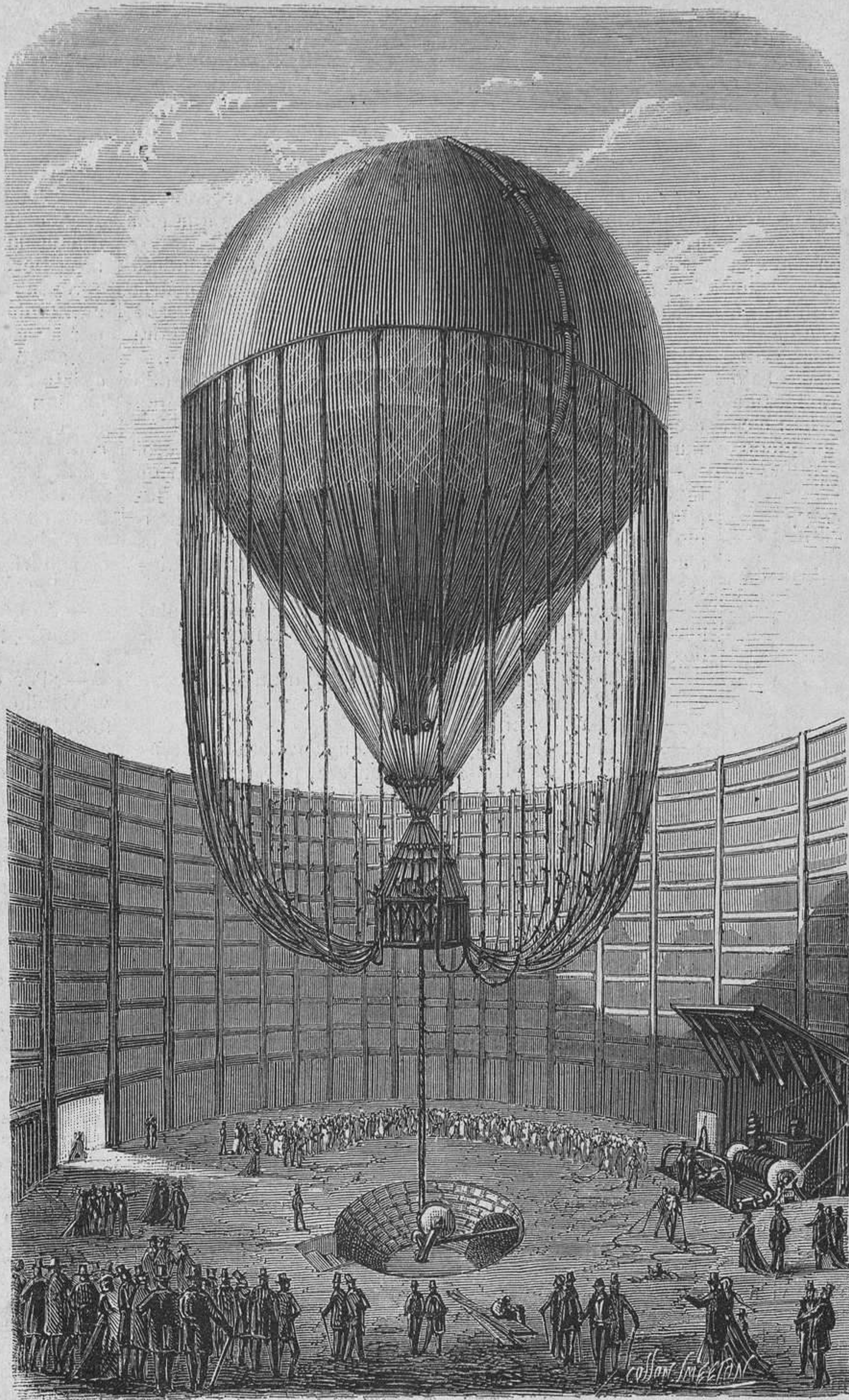
M. Giffard ha consagrado una suma de ciento cincuenta mil francos á la construccion de un establecimiento permanente de aeronáutica, situado á las puertas de la Exposicion universal en la avenida Suffren, establecimiento sumamente curioso que aun no tiene igual en ningun pais del mundo y que merece una descripcion sumaria.

Al entrar por la avenida Suffren se pasa bajo un tinglado destinado á la construccion y almacenaje de los globos. Allí se distingue todo un juego de paracaídas de mimbre, de los cuales la mayor parte han hecho ya sus pruebas encima de las nubes. De las vigas cuelgan válvulas de seguridad, destinadas á reemplazar los apéndices abiertos por donde se escapa con tan desesperante rapidez el gas de los globos ordinarios.

Antes de entrar en el vasto circo de lienzo donde tienen lugar las ascensiones, se distingue ya el enorme globo, por transparencia, columpiándose graciosamente al extremo del cable que le mantiene cautivo hasta el principio del invierno, época que parece esperar con impaciencia. Diríase que comprende que entonces le dejarán toda libertad en desquite del cautiverio que hoy padece.

Antes de penetrar en el recinto, debemos echar una ojeada á los ochenta toneles colocados en cuatro baterías que han servido para preparar seis mil metros cúbicos de hidrógeno puro.

Si observamos detenidamente, descubrimos en un rincon un vasto receptáculo en la tierra, de una capacidad de mas de cien hectólitros, que se halla destinado á recibir las aguas madres saturadas de sulfato de hierro que se producen en la fabricacion de esa prodigiosa cantidad de hidrógeno, seis ó siete veces mayor que la que llevó á Gay-Lussac, á Bixio y Barral á los límites del aire respiratorio.



Ascension del globo cautivo de la Exposicion universal.

fuerza mayor. El cable que le retiene á la superficie de la tierra cuenta trescientos metros de largo, con un peso de novecientos kilogramos. Sin embargo, le arrastra con tal velocidad que no tarda mucho mas de un minuto en llegar á su extension superior. Mas aun: podria llegar con una rapidez acelerada que ofreceria serios peligros y produciria sin duda el rompimiento del cable, si su desarrollo no estuviese reglado por la máquina de vapor destinada á volverle á la tierra.

Esta máquina de una fuerza de cincuenta caballos, se emplea en arrollar el cable sobre una inmensa carria de una solidez á toda prueba que se halla instalada enfrente de la puerta de entrada del circo de ascensiones.

No obstante el considerable peso de las jarcias del paracaídas, de los viajeros y los sacos de lastre, el globo conserva siempre una fuerza enorme que necesita para no ser arrastrado demasiado lejos de la vertical de su punto de partida.

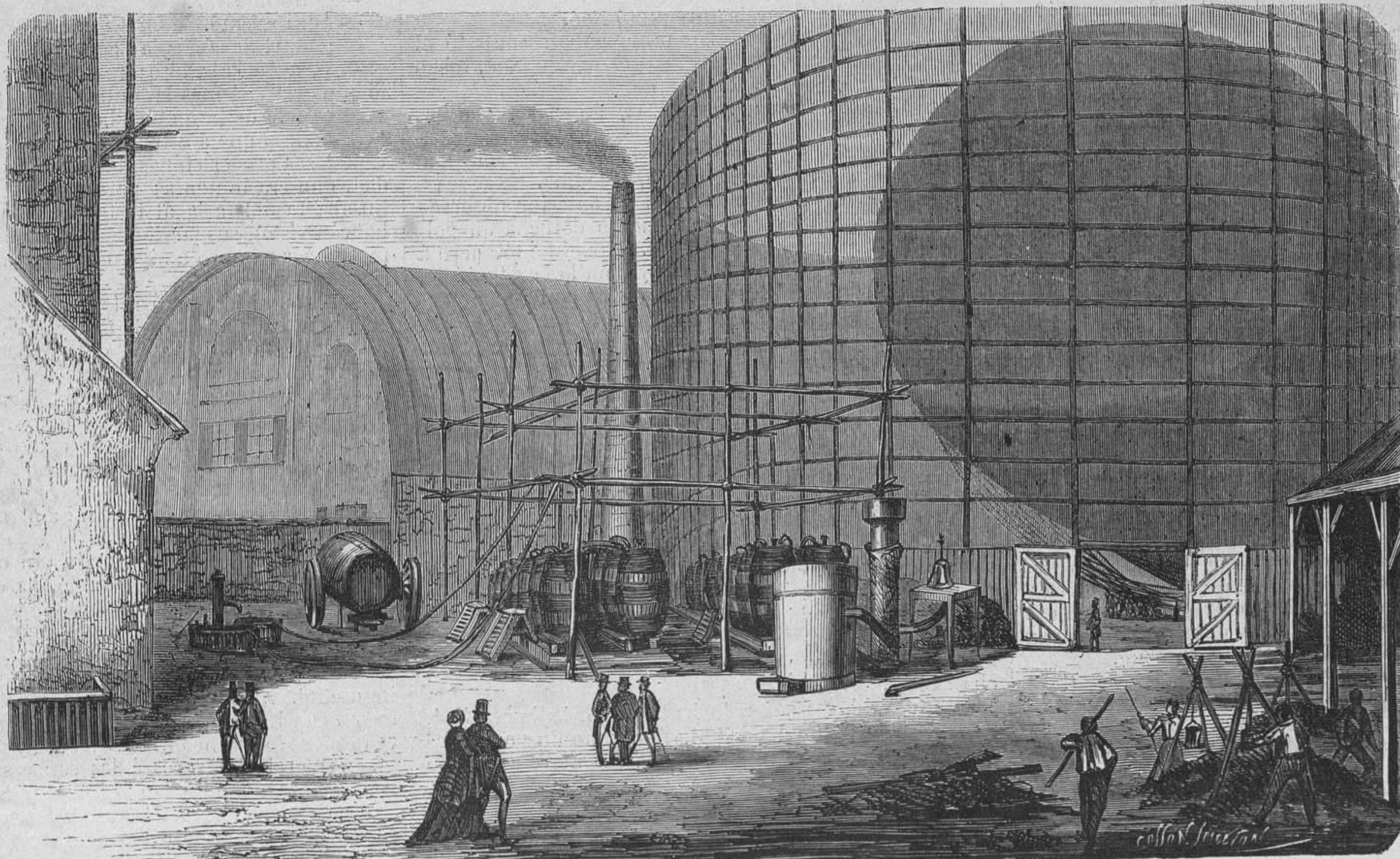
En su primera ascension subió con una tension de ochocientos kilogramos, aunque el paracaídas estaba cargado con ocho pasajeros y un centenar de sacos de lastre. Llegado á ciento cincuenta metros, una ráfaga de viento sorprendió al globo y la tension se elevó bruscamente á mil cuatrocientos cincuenta metros. Sin embargo la máquina cumplió con su deber y volvió á traer el globo á la superficie de la tierra.

El modo de suspension indicado en nuestro dibujo no es el primero que se ha imaginado, sino que él ha venido á reemplazar una especie de trapecio mas pintoresco, aunque mucho menos cómodo que el que ha sido imaginado.

Una tempestad que hubo en el mes de julio practicó una brecha en la muralla de lienzo, y entonces este gigantesco biombo circular fué consolidado por un crecido número de obenques de alambre, que han desempeñado su mision del modo mas satisfactorio. Sin embargo, permitido nos será acusarles de haber atraído el rayo el 20 de agosto. En este dia se oyó un fuerte trueno en la profundidad del establecimiento, se vió aparecer una luz muy viva en el sitio en que una de las cuerdas que contribuyen con los obenques á mantener las murallas de lienzo se agarra á una argolla de hierro clavada en la tierra, y el fluido abrió una excavacion bastante honda abriéndose camino hácia las regiones húmedas y profundas.

En el centro de la arena circular hay una cavidad de

El globo destinado á las ascensiones cautivas posee un diámetro de veinte y un metros. Es un poco mas pequeño que el *Gigante*, pero como le hinchan con hidrógeno puro y no con gas de alumbrado, posee en suma una



Preparativos de la ascension del globo cautivo de la Exposicion universal.

diez metros de ancha y tres de alta, en la que se penetra por un túnel que conduce la cuerda al cilindro arrollador. Antes de llegar al paracaídas la cuerda pasa por la garganta de una cabria movable en torno de un eje articulado de un modo particular y susceptible por consiguiente de todas las inclinaciones necesarias para prestarse á las exigencias de la situación. Difícil es comprender cómo los viajeros embarcados en el paracaídas podrían sufrir algun percance, pues se hallan rodeados de precauciones de toda clase y los que dirigen la ascension tienen aparatos de salvamento.

El globo de la Exposicion universal funciona con una suavidad y una rapidez extraordinarias. Es de creer que se hará popular y que muchos curiosos se apresurarán á gozar del espectáculo que presenta Paris á vista de pájaro, de una altura dos veces mayor que la de las grandes pirámides de Egipto. Las maniobras ejecutadas bajo la direccion de M. Yon, se verifican con una rapidez de que es difícil formarse idea. Hace algunos días han elevado en los aires á ciento ochenta personas en menos de hora y media. Ahora puede decirse que las nubes se hallan al alcance de todo el mundo.

W. DE F.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Noé Claypole siguió adelante por las calles descritas, conduciendo á Carlota tras de sí: tan pronto se detenía en medio del arroyo, examinando con una sola mirada el aspecto de algun inmundo garito, como se deslizaba á lo largo de la pared, cuando el establecimiento le parecía demasiado concurrido para su objeto. Finalmente se paró enfrente de un figon de apariencia aun mas innoble y repugnante que todos los que habia visto hasta entonces, y despues de cruzar la calle para examinarlo bien desde la acera opuesta, anunció á su compañera, con suma amabilidad, que debian pasar allí la noche.

— ¡Pronto! dame el lio, dijo Noé desatando los tirantes que lo sujetaban á las espaldas de Carlota y pasándolos á las suyas: sobre todo no hables una palabra sin mi permiso. A ver qué muestra tiene la casa. A los tres... ¿á los tres qué?

— A los tres Cojos, dijo Carlota.

— A los tres Cojos, repitió Noé; ¡magnífico por vida mia! Ea, adentro, no te separes de mí y entremos.

Despues de haber dado estas disposiciones empujó la puerta con el hombro y entró siguiéndole Carlota.

En el mostrador habia un judío de mezquino aspecto que apoyado en ambos codos parecia absorto en la lectura de un periódico manchado: al entrar Noé, suspendió su ocupacion para mirarle con insistencia; este hizo lo mismo.

A llevar Noé su traje de mozo de la Caridad, hubiera comprendido el exámen minucioso que sufría por parte del judío, pero toda vez que habia dejado el vestido y la placa para endosarse una blusa, no veía motivo para llamar tanto la atencion en una taberna.

— ¿Es esta la taberna de los tres Cojos? preguntó?

— Esta es, contestó el judío.

— Un amigo que hemos encontrado en el camino viniendo del campo, nos ha recomendado este establecimiento, dijo Noé guiñando el ojo á Carlota, tal vez tanto para que fijase la atencion en el especioso pretexto que acababa de inventar, como para avisarla que no debía sorprenderse por lo que oía; y deseamos pasar aquí la noche.

— No sé si será posible, dijo Barney, que era el criado de la taberna; no obstante, iré á preguntarlo.

— Bueno; pero antes conducenos al comedor y nos servirás un trozo de carne fiambre y un jarro de cerveza.

Barney les introdujo en un cuartito interior, donde les sirvió la carne y la cerveza: un momento despues entró de nuevo para anunciarles que les podria hospedar aquella noche, y salió dejando á la galante pareja comer á sus anchas.

El comedor estaba situado detrás del mostrador y un poco mas abajo. Una cortinilla cubria una ventana con cristales abierta en la pared á cinco piés poco mas ó menos del suelo, de manera que la gente de la casa, recorriendo un poco la cortina, podia observar cuanto se hacia en el aposento contiguo sin peligro de ser vista, pues la ventanilla correspondia á un ángulo oscuro y estaba cerca de una gruesa viga, detrás de la cual era fácil ocultarse, pudiendo no solo ver sino hasta oír todo lo que se hablaba aplicando el oído al tabique.

Hacia ya cinco minutos que el dueño de la casa estaba en su observatorio, y Barney acababa de dar la contestacion á los viajeros, cuando entró Fagin en la tienda para proporcionarse algunas noticias relativas á sus jóvenes discípulos.

— Silencio, dijo Barney, hay dos forasteros en el cuarto vecino.

— ¿Forasteros? replicó el viejo en voz baja.

— Ciertamente, añadió Barney. Vienen del campo, se-

gun dicen; pero mucho me engaño, ó las tales personas son gentes de vuestra calaña.

Los anteriores detalles parecieron interesar mucho á Fagin, pues se subió en un taburete, y mirando con precaucion por el ventanillo, pudo ver á Claypole servirse una buena tajada de vaca fiambre, escanciarse un vaso de cerveza, y luego comer y beber con las mas excelentes disposiciones, sin que por eso dejara de alargar de vez en cuando á Carlota, siguiendo sin duda el sistema homeopático, algunas dosis *infinitesimales* que ella recibia sin querellarse.

— ¡Hola, hola! dijo en voz baja el judío dirigiéndose á Barney, no me disgusta la traza de ese mozo, podria sernos de algun provecho; por de pronto veo que sabe manejarse bien con la muchacha. ¡Chiton! Sé ahora mudo como una tapia, que quiero oír lo que hablan.

El judío miró de nuevo por el ventanillo, y aplicando el oído alternativamente al tabique, escuchó con suma atencion: en su fisonomía se retrataba una curiosidad maligna; se le hubiera tomado por un viejo hechicero.

— Con que así, desde hoy en adelante quiero darme tono como un caballero, dijo Claypole, estirando las piernas y continuando la conversacion de cuyo principio no se habia enterado el viejo. Nada, al diablo los ataúdes, Carlota, quiero hacerme el señor, y tú si quieres seguirás mi ejemplo.

— No me disgusta tu proyecto, Noé, replicó Carlota; pero amigo mio, todos los días no se presentan cofrecillos para vaciar.

— ¿Acaso te figuras que no hay en el mundo mas que cofrecillos?

— ¿Cómo? preguntó Carlota.

— ¡Pardiez! dijo Claypole, en cuya cabeza empezaban á sentirse los efectos de la cerveza, pues ¿y los bolsillos, y los ridículos, y las casas, y las sillas de posta, y los bancos?

— Mucho trabajo es eso para tí solo, querido, dijo Carlota.

— Yo procuraré asociarme con algunos aficionados de mi temple, replicó Noé. Ya verás cómo muy pronto nos emplearán en cualquier trabajo: tú sola vales por cincuenta mujeres. Nunca he visto una criatura mas astuta que tú cuando te he dejado arreglarte á tu gusto.

— ¡Si supieras lo que me complacen esos elogios en tu boca! dijo Carlota imprimiendo un beso en el feo rostro de su compañero.

— ¡Vaya, basta! Procura no enternecerte tanto si quieres que no me enfade, gritó Noé separándola con dignidad. Como te decia, me agradaria encontrar una banda para capitanearla: por supuesto que yo les vigilaria sin que ellos lo sospecharan: es negocio que puede producir algunos beneficios, en cuyo caso me seria muy conveniente. Te aseguro que á trueque de adquirir alguna buena relacion de este género, cederia gustoso el billete de veinte libras que has pescado: tanto mas cuanto que considero algo difícil darle curso.

Cuando Claypole concluyó de manifestar su opinion tocante á este punto, echó una ojeada oblicua al jarro de la cerveza meneando su contenido, hizo una mueca amistosa á Carlota y echó un trago que pareció sentarle muy bien; ya se preparaba para beber otro trago, cuando abriéndose la puerta de repente, entró en el aposento un nuevo personaje.

Este, que no era otro que Fagin, saludó al entrar con suma amabilidad, y despues de instalarse en una mesa cercana á la de los viajeros, ordenó á Barney que le sirviera de beber.

— Hace una hermosa noche, caballero, aunque bastante fria para la estacion, dijo Fagin restregándose las manos; ¿llegais del campo, segun veo?

— ¿En qué lo conocéis? preguntó Noé.

— En Lóndres no tenemos tanto polvo, contestó el judío señalando con el dedo los zapatos de Noé, luego los de su compañera, y finalmente, los dos lios.

— ¡Diantre! Sois muy perspicaz, dijo Noé, ¿no has oído, Carlota?

— Amigo mio, aquí es preciso serlo, contestó el judío en voz baja; no hay otro recurso, creedme.

Y el judío, á tiempo que hacia la anterior observacion, se dió con el índice de la mano derecha un golpecito en la nariz; Noé procuró imitar el gesto, pero á causa de la insuficiencia de la suya, no lo consiguió del todo; no obstante, Fagin supo apreciar en aquella tentativa la intencion delicada de su contrincante, y al servirle Barney el licor que habia pedido, le hizo circular cortésmente por la mesa vecina.

— Es excelente, dijo Noé haciendo chasquear la lengua.

— Sí, pero es caro, contestó el judío. Quien desee beber con frecuencia de este licor, debe vaciar sin descanso cofrecillos, ridículos, bolsillos, habitaciones, sillas de posta y hasta bancos.

Al oír Claypole repetir las palabras que habia pronunciado poco antes, miró con espanto al judío y á Carlota alternativamente, cubriéndose su rostro de una palidez notable.

— No temais, amigo, dijo Fagin acercando su silla hasta ponérsele al lado. ¡Ah, qué fortuna que no os haya oído otro que yo! si, por cierto habeis tenido mucha suerte.

— No he sido yo quien lo ha tomado, balbuceó Noé, que ahora ya no tendia las piernas como un verdadero *gentleman*, pues muy al contrario, las iba encogiéndole cuanto le era dable debajo de la silla. Ella lo ha hecho. ¿No es verdad, Carlota, que tienes tú el billete? ¡eh! demasiado bien sabes que tú lo tienes.

— No viene al caso saber quién ha tomado el dinero ó quién lo guarda, replicó Fagin, fijando de nuevo sus

ojos de lince en Carlota y examinando los envoltorios. Tambien yo me ocupo en el negocio; así pues, no temais nada por mi parte.

— ¿En qué decís que os ocupais? interrogó Claypole algo mas tranquilo.

— En esa clase de especulaciones, y la gente de la casa tambien, contestó Fagin. Habeis tenido buen ojo al escoger esta posada, aquí estais en completa seguridad: debeis saber que cuando tomo mis medidas, no hay en todo Lóndres un rincón mas libre de peligro que la taberna de los Tres Cojos... tanto vos como esa niña llegais muy á tiempo; desechad pues todo temor.

No sabemos si el ánimo de Claypole se tranquilizó algun tanto con las reflexiones del judío, pero á juzgar por las extrañas contorsiones de su cuerpo, casi lo dudamos. A cada instante se revolvia en su silla con inquietud, contemplando á su nuevo amigo con cierta expresion de temor y desconfianza.

— Debo añadir, continuó Fagin animando á Claypole con ciertos ademanes amistosos, que á no enganarme he de tener un amigo que podrá, segun creo, satisfacer los deseos que habeis manifestado de marchar por el buen camino. Para empezar, mi amigo dejará á vuestra eleccion el ejercicio que mas os cuadre, y entre tanto os pondrá al corriente de las sutilezas de la profesion.

— Parece que lo decís de veras, observó Noé.

— No que son chanzas, dijo el judío encogiéndole los hombros. ¡Ea! salgamos un momento y hablaremos á solas.

— ¿Por qué nos hemos de molestar? exclamó Noé volviendo á estirar sus piernas muy despacio. Carlota, mientras hablo dos palabras con este amigo, ve llevando esos lios arriba.

Carlota obedeció sin murmurar la orden que se le habia dado con la mayor prosopopeya, y se llevó como mejor pudo los dos bultos, mientras Noé la observaba desde la puerta que mantenía abierta; luego volvió á sentarse en su sitio preguntando con el tono de un hombre que ha domesticado una fiera:

— ¿Qué me decís, caballero? Me parece que no está mal amaestrada.

— Admirablemente, sois un genio, querido, contestó Fagin, dándole una palmadita en el hombro.

— Si no fuera así, no me encontraria en este sitio; pero no perdamos tiempo, no sea que vuelva Carlota.

— Veamos, dijo el judío; si mi profesion os agrada, os asociaréis con mi amigo.

— ¿Es buena su partida? preguntó Noé guiñando el ojo. Esto es lo importante.

— De las mejores... sus afiliados son numerosos, y entre ellos cuenta algunos muy distinguidos en el arte.

— ¿Son todos de la cuidad?

— Todos, y hasta creo que, á pesar de mi recomendacion, no os admitira á vos, si en este momento no necesitara algunos colaboradores, contestó el judío.

— Será preciso hacer algun desembolso, dijo Noé golpeándose el bolsillo.

— Naturalmente, replicó Fagin.

— Me parece que veinte libras esterlinas... es una suma respetable.

— Por ningun estilo, si las pagais en un billete que no puede circular, observó Fagin. Supongo que el banco estará avisado, tendrán el número y suspenderán el pago; ya veis que no tiene gran valer. Será preciso que mi amigo lo remita al extranjero; aquí no le sacaria de grande apuro.

— ¿Cuándo podré verle? preguntó Noé con cierta irresolucion.

— Mañana por la mañana, contestó el judío.

— ¿En qué sitio?

— Aquí mismo.

— ¡Hum! Sepamos la paga.

— Vida de caballero; mesa, cama, tabaco y aguardiente gratis; á mas la mitad en las ganancias, ya sean vuestras, ya de la muchacha.

Es dudoso que á estar Noé libre hubiese aceptado las ventajosas proposiciones del judío, á causa de su rapacidad, que era inmensa; pero como temia que si las rehusaba le delataria al instante (cosas mas extrañas se habrán visto), sus facciones se fueron serenando, y manifestó á su nuevo amigo que estaba pronto á aceptar el compromiso.

— Pero quisiera para mí una ocupacion sencilla; en cuanto á Carlota, no os hablo, ya la vereis trabajar.

— Entiendo, dijo Fagin, optais por los trabajos de capricho.

— Precisamente, contestó Noé. Veamos, ¿qué os parece que podré hacer para empezar? Con tal que no sea peligroso ni cansado, me comprometo á ejecutar cualquier trabajo.

— ¿Creo que habeis dicho antes que sabriais espiar á los demás, eh? Casualmente mi amigo necesita un buen empleado en este ramo.

— Sí, lo he dicho, y no tendria inconveniente en hacerlo, objetó Noé como dudando. Pero este cargo no me produciria ningun beneficio.

— Es verdad, no produce ninguno, contestó el judío reflexionando ó fingiendo reflexionar.

— Veamos, pensadlo bien, dijo Noé mirándole con inquietud. Alguna de esas especulaciones seguras que se pueden llevar á cabo con tanta tranquilidad, como si el interesado se encontrara en su misma casa.

— ¿Quereis dedicaros á las señoras ancianas? Es negocio bastante productivo: el procedimiento consiste en arrancarlas al paso las bolsas, los saquillos, ó cualquier paquetito que lleven, y al primer callejon se da esquinazo.

— Sí, pero las mujeres chillan como condenadas, ade-

más arañan, dijo Noé meneando la cabeza; se me figura que no hemos encontrado aun lo que me conviene. ¿No se os ocurre otra cosa?

—Aguardad, exclamó el judío poniendo una mano en la rodilla de Noé, aun quedan los sapos.

—¿Qué es eso? preguntó Claypole.

—Llamamos sapos, amigo mio, á los chicuelos que van á hacer alguna compra por encargo de sus madres, para lo que les dan un chelin ó cualquier otra moneda pequeña; como llevan siempre el dinero en la mano, es fácil tomárselo haciéndoles caer al suelo. Aunque el niño llora, os marchais con toda tranquilidad, como si no se tratara mas que de un chico que al caer se ha lastimado.

—¡Ah, ah! vociferó Claypole levantando sus piernas en alto en señal de suprema alegría. ¡Vive Dios! Este sí que es mi negocio.

—Ciertamente, ese es vuestro negocio; por los alrededores de Caudemstown ó de Battle-Bridge hay facilidad de explotarlo en grande escala; por allí siempre encontraréis muchachos que van á hacer mandados, y podreis derribar cuantos querais, ¡ah, ah, ah!

Por complemento, Fagin aplicó un buen puñetazo á Claypole, y los dos se echaron á reir con la mejor gana.

—Quedamos entendidos, dijo Noé, un poco repuesto al ver aparecer á Carlota; ¿á qué hora nos veremos mañana?

—A las diez, si os parece.

Claypole hizo con la cabeza una señal afirmativa; y el judío añadió:

—¿Qué nombre debo anunciar á mi amigo?

—Me llamo Mauricio Bolter, contestó Noé que ya esperaba la pregunta, y esta señora es mi esposa.

—Estoy á vuestros piés, señora Bolter, dijo Fagin saludando de una manera grotesca. Espero que antes de poco tendremos ocasion de estrechar nuestras relaciones.

—¿No oyes lo que te dice este caballero, Carlota? gritó Noé.

—Sí, querido Noé, repuso la señora Bolter tendiéndole la mano.

—Ya lo habeis oido, me llama Noé, pero es un nombre de intimidad, dijo Mauricio Bolter encarándose con el judío. ¿Me comprendeis?

—¡Oh! sí, comprendo... perfectamente, respondió Fagin que ahora no menta; buenas noches, buenas noches.

El judío se marchó, despues de cambiar con la pareja un tiro de cumplimentos y saludos. Noé Claypole reclamó toda la atencion de su esposa para manifestarle el irato que acababa de cerrar, tomando al verificarlo un gesto de superioridad muy propio, no diremos de un individuo del sexo fuerte, sino hasta de un personaje orgulloso de las atribuciones especiales de su nueva dignidad, cuyo importante objeto era arrojar por el suelo á los sapos de la ciudad de Londres y su distrito.

XLIII.

—Con que es decir que vuestro amigo érais vos mismo, dijo Claypole, por otro nombre Bolter, al llegar á casa del judío el dia siguiente, en cumplimiento de su pacto. Ya me lo figuré anoche.

—El hombre siempre es amigo de su persona, querido, contestó Fagin con una mirada insinuante. Y creedme, es el mejor que puede tener.

—No siempre, replicó Mauricio Bolter, dándose importancia de hombre de mundo. Algunos hay que no tienen peor enemigo que ellos mismos.

—No lo creais, dijo el judío; cuando un hombre parece enemigo de su persona, es porque la aprecia demasiado, y esto aunque le veais ocupándose mas de los otros que de sí... si bien no sucede con frecuencia.

—Si esto es, no tiene razon para ser, observó Bolter.

—Naturalmente, contestó el judío. Algunos hechiceros pretenden que el número tres es el cabalístico, otros opinan que es el siete. Ni uno ni otro, amigo mio, el verdadero número cabalístico es el uno.

—¡Bravo! gritó Bolter. ¡Viva el número uno!

—En una pequeña república como la nuestra, querido, dijo el judío, que consideró oportuno extenderse en previos detalles, tenemos un número uno que es comun á todos, es decir, que no os podeis considerar como número uno, sin incluirme á mí y á los demás asociados.

—¡Diantre! exclamó Bolter.

—Os hareis cargo, continuó el judío sin pararse en la interrupcion, que estando unidos, como lo estamos, por un interés comun, no podemos existir de otra manera. Un ejemplo: vos, número uno, teneis grande empeño en cuidar de vuestra seguridad.

—Sin duda, dijo Bolter; tocante á este punto, teneis razon.

—Pues bien, vos, número uno, no podeis velar por vos sin velar al mismo tiempo por mí, tambien número uno.

—Número dos, querreis decir, repuso Bolter, que era egoista refinado.

—No por cierto, replicó el judío. Yo soy tanto para vos, como vos sois para vos mismo.

—No hay duda que me pareceis un hombre estimable y muy digno de mi aprecio, no digo lo contrario; ¡pero unírnos con lazos tan íntimos!

—Dignaos reflexionar un instante, dijo el judío encogiéndole los hombros; habeis incurrido en un desliz, no creais por eso que os estimo menos, al contrario; pero ese desliz, querido, podria ser causa bastante para

ceñiros al cuello cierta corbata tan fácil de poner como difícil de desatar, la cuerda, en una palabra.

Bolter se puso maquinalmente la mano en el cuello, como si le apretara el corbatín, y manifestó por medio de esta pantomima que habia comprendido á su interlocutor.

—La horca, amigo mio, la horca es un horrible poste que ha dado fin á las proezas de mas de un valiente camarada que trabajaba sin recelo por vuestras calles. Ahora bien, manteneros en el buen camino á cierta distancia del instrumento de que hemos hablado, es de suma importancia para vos.

—Es verdad, dijo Bolter; pero ¿á qué viene esto ahora?

—Tan solo para haceros comprender la importancia de lo que os he dicho, contestó el judío arqueando las cejas. Si vivís sin peligro alguno, me lo debereis á mí, pero es preciso en cambio que yo pueda fiar en vos si he de llevar mis intereses á buen puerto. Lo primero es vuestro número uno, en seguida viene el mio: cuanto mas os estimareis vos, mas cuidareis de mí; hé ahí lo que he dicho desde el principio, el número uno nos salva á todos, sin él perecemos juntos.

—Cuanto acabais de decir es cierto, contestó Bolter con ademan meditabundo. Amigo, se conoce que sois perro viejo.

El señor Fagin supuso, con cierta complacencia, que la alabanza de su amigo no era un cumplimento vulgar, antes sí la expresion del efecto que su artificioso talento le habia producido, comprendiendo desde luego lo que le importaba conservar en aquel estado de respetuosa admiracion.

Para conseguir su objeto, empezó á explanar la latitud y extension de sus operaciones mercantiles, mezclando la verdad con la mentira, cuando así convenia al interés de su relato, pero combinado todo con tanto arte, que el respeto del señor Bolter aumentaba por grados; algo templado no obstante, si hemos de ser veraces, por cierto temor, que no podia menos de ser muy conveniente á los intereses del jefe.

—La confianza mutua que nos dispensamos, dijo este, me consuela hasta cierto punto de algunos reveses que he sufrido; acabo de perder un valiente chico, mi brazo derecho, como quien dice.

—¡Supongo que no habrá muerto! exclamó el señor Bolter.

—¡Ah! no, no, replicó Fagin, el mal no es tan grave, á Dios gracias.

—Temia que... que...

—Le han reclamado. Nada mas.

—¿Le necesitaban?... preguntó el señor Bolter.

—¡Oh!... necesitaban... no es esta la palabra; le acusaban de haber metido la mano en un bolsillo ajeno, y como al registrarle le han encontrado una caja de plata para rapé, por supuesto su propia caja (el desgraciado absorbe mucho polvo, no tiene otro vicio), el tribunal le ha citado hoy, pretendiendo que habia parecido el dueño de la caja. ¡Ah! el muchacho vale cincuenta cajas de oro que yo pagaria gustoso por su rescate. Siento que no le hayais conocido, amigo mio, sí, lo siento en el alma.

—¡Ya!... pero confio que tendré ocasion de conocerle, ¿no es cierto?

—Mucho lo dudo, exclamó el judío suspirando; si no se presentan otras pruebas, sufrirá tan solo una detencion de seis semanas; mas si por desgracia sucede lo contrario, lo enviarán al *prado*; conocen su destreza, y esto basta para que hagan de él un *pensionista* perpétuo, ni mas ni menos.

—¿El *prado*... *pensionista*?... ¿qué diablos decis? Hablad de manera que os entienda.

Fagin iba á traducir al lenguaje vulgar las palabras misteriosas que significaban deportacion perpétua, cuando llegó Bates á interrumpir la conversacion. El nuevo interlocutor entró con las manos en los bolsillos y una cara tan descompuesta que casi daba risa.

—Esto es hecho, Fagin, dijo Charlot, despues que tuvo efecto su presentacion reciproca con Bolter.

—¿Qué dices? exclamó el judío, cuyos labios temblaban.

—Se ha presentado el dueño de la caja: dos ó tres testigos han declarado en su favor, y el *Truhan* está condenado á hacer el viaje. Buscadme un traje de luto y un crespon para el sombrero; quiero visitarle con este vestido antes del embarque. ¡Pensar que Jack Dawkins, el astuto Jack, el mas astuto de todos los astutos se encuentra en semejante trance por una miserable caja que valdrá dos sueldos y medio! ¡Quién no habia de figurarse que para un castigo tan excesivo era preciso trabajar mas en grande! El tomar un reló, por ejemplo, con todos sus apéndices de cadenas y colgantes, no me parece suficiente motivo. ¿Por qué no ha robado la fortuna de algun viejo usurero, y habria partido como un hombre de mérito á cumplir su condena, y no ahora como un ratero vulgar, sin honra y sin gloria?

Despues de esta oracion fúnebre, tan dolorosa como patética, pronunciada en pro de su desgraciado compañero, Bates se sentó en una silla con ademan triste y abatido.

—¿Qué entiendes tú por partir sin honra y sin gloria? exclamó Fagin, lanzando á su discípulo una mirada colérica. ¿Acaso el sugeto de quien hablas no era el mas esforzado entre nosotros? ¿Hay alguno que pretenda compararsele?

—¡Ah, no! nadie, respondió Bates en un tono que no permitia dudar de su arrepentimiento. Nadie, esto es cierto.

—Pues si es así, ¿por qué lloriqueas? dijo el judío

al parecer encolerizado. ¿Se puede saber qué deseas?

—¿Sabeis lo que quisiera? Que los periódicos hablan de nuestro amigo, dijo Bates indignándose por grados, que todo Londres supiera lo que vale. Hasta ahora ningun papel público se ha ocupado de él para enaltecer su mérito. ¿De qué manera figurará en el registro de Newgate? Tal vez ni siquiera se dignarán inscribirle. ¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡Qué terrible golpe!

—¡Ah, ah! exclamó el judío dirigiéndose á Bolter y soltando una carcajada que le hizo bambolear. ¡Eh! ¡ya veis cuán enorgullecidos están con su carrera! ¡Esto es hermoso!

El señor Bolter pareció que indicaba con un ademan que participaba del mismo entusiasmo: el judío contempló unos instantes al apesorado Bates con visible agrado; luego se le acercó, y dándole una palmadita en el hombro, le dijo en tono consolador:

—No debes entristecerte, Charlot, todo se sabrá, puedes estar seguro. Ya conoces á nuestro amigo, él mismo se encargará de ello para no deshonrar á sus ancianos maestros; ya verán, ya verán si es mozo de provecho; y luego á su edad, ¡qué honor, Charlot, siendo tan joven mandar al *prado*!

—Es verdad, es muy honroso, dijo Charlot algo consolado.

—Nada echará de menos, estará como el pez en el agua, su cerveza todos los dias, dinero para el bolsillo, para que pueda distraerse jugando, si no se le presenta ocasion de gastarlo.

—¿De veras lo hareis? preguntó Bates.

—Por supuesto; quiero que tenga lo necesario, contestó el judío; por de pronto le buscaremos un abogado, uno de esos que tienen chiste, y mira, hasta nuestro pobre amigo podrá, si quiere, presentarse á hablar delante del tribunal, y todos los periódicos publicarán su discurso, con su nombre: el astuto *Truhan*: «Carcajadas en el auditorio;» y luego: «Los magistrados que componen el jurado se aprietan los costados para no reventar de risa.» ¡Eh! ¿Qué te parece, Charlot?

—Que será muy chuseo. Cómo les enredará á todos, ¿qué os parece?

—¿Que si los enredará? Ya lo creo, amigo mio.

—Sí... sí, es indudable, ya pueden prepararse, dijo Charlot restregándose las manos.

—Se me figura que lo estoy viendo, exclamó el judío fijando la mirada en su discípulo.

—Pues yo tambien... ¡ah, ah, ah! Tambien lo veo desde aqui, como si estuviera en mi presencia. Por vida mia, que será bueno el lance. Todas aquellas pelucas viejas haciendo esfuerzos para conservar la gravedad, y Jack Dawkins hablando con toda tranquilidad y sin inmutarse, ni mas ni menos como podria hacerlo el hijo del presidente si se le antojara enjaretar un discurso despues de haber embaulado una buena comida. ¡Ah! ¡ah!

El resultado era que el judío habia calentado de tal manera los cascos de su amigo, cuya imaginacion era bastante excéntrica, que este, á pesar de que habia principiado por condolerse del triste fin del astuto *Truhan*, ahora no veia en su amigo mas que al primer galan de una comedia divertida, y aguardaba con impaciencia que llegara el momento en que su camarada habia de desplegar todas sus facultades.

—Será necesario que hoy mismo tengamos noticias tuyas por cualquier medio, dijo Fagin. ¿Cómo nos pondremos?

—¿Quereis que vaya yo? preguntó Bates.

—No lo consentiré por nada del mundo. ¿Te has vuelto loco? Irias á meterte como un estúpido precisamente en aquel lugar que... No, Charlot, no; ya basta con uno; no quiero perder dos á la vez.

—Supongo que vos tampoco ireis, observó Charlot mirando al viejo con ironía.

—¡No se adelantaria mucho! respondió Fagin meneando la cabeza.

—¿Por qué no encargais esta comision al nuevo afiliado? preguntó Charlot apoyando la mano en el hombro de Noé. A este nadie le conoce.

—Si él quiere... dijo el judío.

—¿Cómo, si quiere! interrumpió Charlot, ¿por qué no ha de querer?

—No sé, dijo Fagin, no sé á punto fijo si...

—Al contrario, sabeis muy bien, replicó Noé retrocediendo hácia la puerta y meneando la cabeza con inquietud, sabeis muy bien que semejante asunto no pertenece á mi negociado.

—¿Qué negociado es el suyo, Fagin? preguntó Bates, midiendo al chupado Noé de piés á cabeza con una mirada desdeñosa. ¿Se reduce tal vez á desfilar cuando los negocios toman mal sesgo, y disfrutar de una buena parte cuando hay ganancias?

—¿Y á vos qué os importa? replicó Bolter. Procurad otra vez no tomaros semejantes libertades con vuestros superiores, señor pillete, porque podria costaros caro.

Maese Bates soltó una carcajada tan descomunal al oír esa amenaza, que Fagin debió aguardarse unos instantes antes de mediar y hacer presente á Bolter que no habia ningun peligro en lo que le proponian, con mayor motivo, cuanto que la policia no debia tener aun noticia de su faltilla, ni mucho menos sus señas. Disfrazado convenientemente, estaria mas seguro en las oficinas de la policia que en cualquier otra parte, puesto que nadie sospecharia que hubiese ido á ellas por su propia voluntad, y seguramente seria aquel el último rincón de toda la ciudad en que le buscarian.

Estas reflexiones, y mas que todo el miedo que le infundia el judío, persuadieron á Bolter, que se encargó de la expedicion, aunque no de muy buen grado. Segun

los consejos del judío, se disfrazó de carretero, con blusa, calzones de paño y polainas de cuero, pues de todo había en la tienda del viejo. Cubrióse la cabeza con un sombrero de fieltro adornado con varias cédulas de pago de los portazgos, llevando un látigo en la mano para completar su atalaje. Equipado de semejante manera, debía introducirse en las salas de justicia, fingiendo ser un campesino que venía del mercado de Covent Garden, movido por la curiosidad. Como Noé era torpe, flaco y desmañado, Fagin creyó desde luego que desempeñaría su papel con toda perfección.

Cuando hubieron terminado los preparativos, le dieron las señas necesarias para reconocer al *Truhan*, y entonces Bates le condujo hasta cerca de Bow-street por pasadizos oscuros y tortuosos. Desde allí le indicó, con bastante profusión de detalles, el sitio donde estaban las oficinas de policía, previniéndole que siguiera por el pasadizo en línea recta; llegado al patio, debía entrar por una puerta que encontraría á la derecha á lo alto de una escalera, sin olvidarse de descubrirse la cabeza: recomendó por último que saliera solo, lo mas pronto posible, asegurándole que él le aguardaría en aquel sitio.

Noé Claypole ó Mauricio Bolter, como mas plazca al lector, ejecutó al pie de la letra las instrucciones mencionadas. Gracias al profundo conocimiento que tenía Bates del local, las señas resultaron tan exactas que no tuvo necesidad de hacer ninguna pregunta, ni encontró el menor obstáculo para entrar en la sala del tribunal. Gran multitud de curiosos, mujeres en su mayor parte, ocupaban el salon sucio y repugnante en cuyo extremo se elevaba un tablado resguardado por una barandilla de hierro. El banco destinado á los acusados estaba



El doctor Luis Veron.

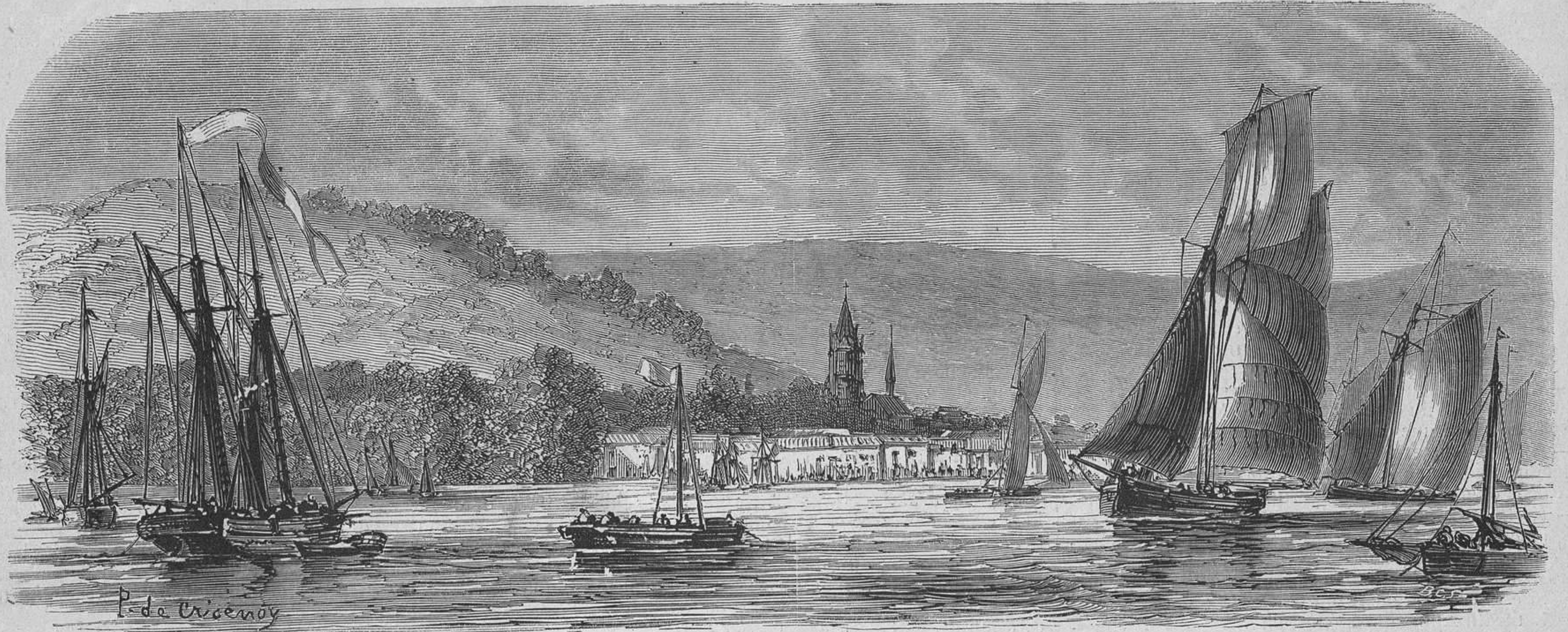
(Véase la *Revista de Paris* del número 770.)

á la izquierda, arrimado á la pared: en el centro había una tribuna para los testigos, y á la derecha la mesa de los magistrados. Un biombo ocultaba á estos de las miradas del público, dejando al vulgo el cuidado de adivinar, en cuanto es dable, á la majestad de la justicia oculta en su solio.

Dos mujeres que ocupaban en aquel momento el banquillo de los acusados, saludaban familiarmente con la cabeza á sus conocidos, los que correspondían á su vez con galantería.

El escribano leía una declaración dirigiéndose á dos jefes de policía y á un hombre vestido con suma sencillez que apoyaba ambos codos en la mesa. El carcelero estaba en pié, cerca de la barandilla, y maquinalmente se pegaba golpes en la nariz con una enorme llave que tenía en la mano, suspendiendo tan solo este ejercicio para restablecer el silencio entre los espectadores, si alguno de ellos levantaba demasiado la voz, ó para mandar á una matrona que saliera fuera con su chiquillo, cuando la gravedad del tribunal estaba á pique de comprometerse por los gritos de algun arripiezo que se ahogaba envuelto en el chal de su madre.

La sala trascendía á cárcel hasta entristecer el corazón, las paredes estaban sucias y el techo ennegrecido. En el borde de la chimenea había un busto viejo y ahumado, y encima del banco de los acusados un reloj cubierto de polvo. Este era el único objeto que parecía marchar con regularidad, pues la depravación y la pobreza, ó tal vez las dos á un tiempo, habían como petrificado los seres animados que encerraba aquel recinto, prestando á todos el mismo tinte de momia ó idéntica capa grisácea que á los objetos inanimados que yacían sepultados bajo el polvo desde tiempo inmemorial.



Las regatas de Caudebec (Francia.)

Noé buscó por todos lados al *Truhan*; pero á pesar de que había allí muchas mujeres que habrían podido muy bien pasar por madres ó esposas de este jóven adorable y hasta hombres que debían parecerse á su padre hasta confundirse, no vió á nadie que correspondiera á las señas que tenía del señor Dawkins.

Aguardó bastante inquieto algunos instantes, hasta que las dos mujeres que acababan de ser condenadas por el jurado abandonaron su sitio con gran desfachatez. Un nuevo acusado entró á reemplazarlas, y por las señas desde luego reconoció al que venía buscando.

Dawkins pasó á ocupar su sitio tranquilamente, con las mangas de la casaca recogidas, según su costumbre, andando delante del carcelero con aire desenvuelto; la mano izquierda metida en el bolsillo y el sombrero en la derecha. Luego que tomó posesión del banquillo, preguntó en voz alta é inteligible qué motivo había para hacerle sufrir semejante humillación.

— ¿Quereis callaros? dijo el carcelero.

— Soy súbdito inglés, contestó el *Truhan*, y reclamo mis privilegios.

— No temais, no os faltarán vuestros privilegios y bien sazonados.

(Se continuará.)

Las regatas de Caudebec.

Todo el que ha bajado en barco de vapor las pintorescas márgenes del Sena entre Ruan y el Havre, ha podido observar la bonita población de Caudebec, tan bien situada á la falda de colinas cubiertas de monte y á la entrada de uno de esos verdes valles normandos que por fortuna el humo de las fábricas no ha ennegrecido todavía.

Caudebec no es ya célebre por sus sombreros como en tiempo de Boileau; pero los aficionados á antigüedades pueden encontrar allí antiguas casas góticas en angostas callejuelas, rodeando una iglesia del siglo XV del mas bello estilo, cuyo calado campanario, primorosamente trabajado, se destaca en medio de la sombría verdura de las selvas. Delante del muelle de este lindísimo pueblo, el Sena, ancho y majestuoso como un río que puede engrandecerse porque ha visto Paris, ofrece una hermosa dársena para las evoluciones náuticas. Sus ondas estaban pues surcadas, el domingo 15 de setiembre, por numerosas embarcaciones que se habían presentado á tomar parte en las regatas.

Esta fiesta local, de creación reciente todavía, tiende

á desarrollarse, por el número de los competidores que llegan á disputarse los premios y por la multitud de los espectadores. ¡Qué precioso lugar de reunion constituye esta orilla del Sena cuando un rayo de sol cuyo brillo se halla templado por las brumas del mar, hace resplandecer los vistosos colores de los trajes femeninos, y cuando una ligera brisa infla las anchas velas del *Souvenir* y del *Pétrel*, cuya lucha conmovedora mantiene en suspenso á toda esa población marítima y apasionada por todo lo relativo á la navegación! El *Souvenir* triunfa no sin esfuerzo de su terrible adversario, y á su llegada ante la tribuna de los jueces, le saluda una estrepitosa salva de artillería, esa música del porvenir cuya voz domina cuando todas las demás, aun la de la razón, han venido á ser impotentes.

La pluma no sabría describir este animado y pintoresco espectáculo, y así es que cede el lugar al lápiz mas elocuente de uno de los espectadores de esta bonita fiesta náutica.

Nuestro dibujo demostrará pues, mejor que toda descripción, la precisión de maniobras y el movimiento por que se han distinguido las regatas de Caudebec.

C.